



DE 14 A 20



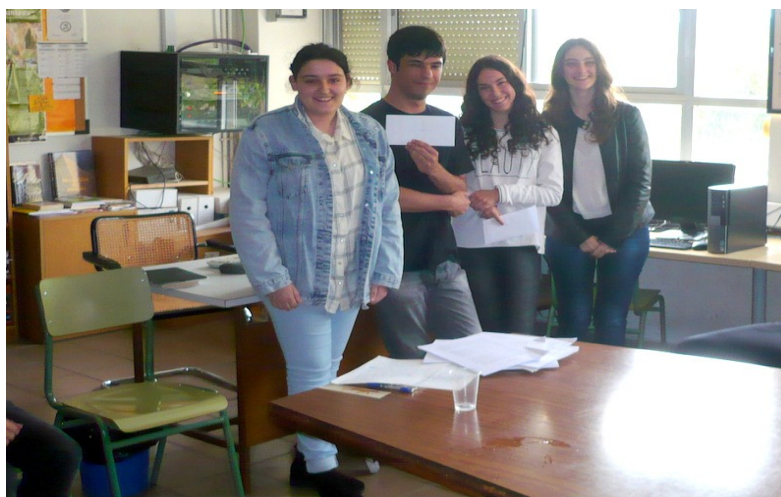
De 14 a 20, revista literària. Núm. 3, tardor 2016

Institut Puig Castellar

Santa Coloma de Gramenet

ÍNDEX

• Presentació.....	4
• 1. Relats:	
◦ De aquí a dos años.....	5
◦ Vona.....	11
◦ Luces y sombras.....	20
◦ Una última voluntad.....	31
◦ Barcelona 39.....	34
◦ Sobre el funcionamiento del todo.....	40
◦ Viejos amigos.....	51
• 2. Assaig: Nos llaman cuentistas.....	55
• 3. Contes recomanats	57
• 4. Un autor al vostre abast	66
• Bases III convocatòria	68



- **Els autors premiats.** 20 d'abril de 2016, a la biblioteca de l'Institut Puig Castellar: Paula Martínez, Andreu Martínez, Marta Alarcón i Júlia Fas.

*

PRESENTACIÓ

Volem cridar l'atenció sobre els dos autors als qui dediquem la portada d'aquest número: Saki, pseudònim de Hector Hugh Munro (1870-1916), per ser aquest any el centenari de la seva mort, i Roald Dahl (1916-1990), per haver nascut fa cent anys. Tots dos són autors de relats d'humor narrats des d'una òptica irreverent i càustica contra les classes benpensants i contra les convencions formals dels adults buides de sentit. Si proposem ara aquests autors és perquè la seva lectura pot servir de model als autors de les noves fornades, ja que promoure la lectura de la bona literatura per donar referents literaris és un dels objectius declarats de la nostra revista. L'altre objectiu fonamental és la publicació dels relats premiats al nostre concurs, i aquí els tenim.

Efectivament, el 20 d'abril passat va lliurar-se el III premi De 14 a 20. Va resultar guanyador el relat “De aquí a dos años”, de Marta Alarcón Márquez (Institut Puig Castellar), i van quedar finalistes amb premi els relats “Una última voluntad”, d'Andreu Martínez Chaves (Institut Can Peixauet), “Luces y sombras”, de Paula Martínez (Institut Les Vinyes), i “Vona”, de Júlia Fas Aguilar (Institut Numància). El jurat va destacar, a més de la cada cop més àmplia repercussió del concurs i del seu seguiment entre els joves de tots els instituts de la ciutat, la qualitat i la varietat de temes i tècniques dels relats guanyadors i d'altres contes que malgrat no rebre premi van ser recomanats per a la seva publicació en aquesta revista, com són els relats “Sobre el funcionamiento del todo”, de Yassin Essakkal Martínez (Institut La Bastida), “Barcelona 39”, d'Oriol Fernández (Institut Can Peixauet) i “Viejos amigos”, de Cristina Jiménez (Institut Puig Castellar).

Una altra secció, la d'assaig, l'ocupa en aquest número un article de Núria Fernández (Institut Ramon Berenguer), autora ja coneguda pels lectors de la nostra revista per haver guanyat la convocatòria anterior, que fa una reflexió sobre el valor social dels autors de contes literari, malgrat que les paraules conte i contista tinguin, de vegades, connotacions negatives.

A més de tots els escrits citats, aquest número acull una secció de comentaris de relats escrits per autors consagrats, recomanats oralment a l'acte literari de lliurament dels premis: *Billy Bud, el mariner*, de Herman Melville, *La casa de Asterión*, de Jorge Luis Borges, els relats de Mrozek i Pere Calders, *El libro*, de Juan José Millás, *Moral Majority*, de Salvador Redón, i *El collar*, de Maupassant. I una altra de presentació d'un reconegut autor de la nostra ciutat, Joan Tudela.

Finalment, no voldríem acabar aquestes línies sense expressar el nostre agraïment a tots els joves colomencs que van presentar-se al nostre concurs, deixant de banda el fet que el seu relat hagi estat publicat o no; a l'AMPA de l'Institut Puig Castellar, organitzadora d'aquest concurs; als membres del jurat i a tots els lectors d'aquesta publicació. Perquè tots ells han mostrat el seu interès pel que escriuen avui els joves colomencs, un mirall, al cap i a la fi, de les inquietuds literàries del nostre jovent.

El coordinador

DE AQUÍ A DOS AÑOS¹

Siempre he querido romper estereotipos y no promesas. Por eso empecé a escribir historias inventadas y poco comunes en papeles llamativos y las fui dejando en puntos importantes donde sabía que iban a ser leídas. Todavía me pregunto qué pensaría aquel camarero cuando leyó mis palabras escritas en el papel escondido dentro de la taza del café. O el floristero cuando recibió un encargo tan peculiar.

Aún recuerdo la primera nota que dejé sobre la mesa de un compañero de mi hermano Nico, pero no recuerdo lo que contenía ni la razón por la que decidí empezar por ahí. Lo que recuerdo perfectamente es la primera vez que vi sonreír a un barrendero al leer una de mis notas y el enfado del profesor de matemáticas cuando le llegó mi examen. Supongo que ese es el precio que pagas por exponer la verdad y negarte a seguir estereotipos como que la mujer limpia y el hombre paga, las niñas cuidan y los niños rompen.

Nunca he sido bueno siguiendo las normas, pero soy excelente respetando las mías:

1. No juzgues, conoce.
2. No huyas, afronta.
3. Promete y cumple.

Mi familia es humilde (pobre, a ojos de los que solo conocen mi primera norma), pequeña y bastante buena. Mi madre es rubia (tonta, a ojos de los graciosos que no saben que consiguió matrícula de honor en la carrera de medicina) y a pesar de que pasa la mayor parte del tiempo trabajando, es buena madre. Mi padre es el que se encarga de alimentarnos y de mantener el orden en nuestra pequeña pero acogedora casa. Mi hermano Nico estudia Bellas Artes en la Universidad y no puede salir de casa sin una pieza de color rosa (podéis imaginar cómo se refieren a él sus compañeros). De hecho, fue muy divertido ver cómo intentó convencer a su primera y última novia de que no sentía nada por su mejor amigo. Fue divertido para mí, claro. Él tuvo que aguantar las burlas de sus compañeros durante mucho tiempo. Mi abuelo fue el alcalde de la ciudad, y a diferencia de lo que todo el mundo opina, lo único que robó en toda su vida fue el corazón de mi abuela, como ella dice.

En mi pequeña casa no hay sitio para todos, así que Nico y yo compartimos habitación y cama. No me importa porque es mi mejor amigo y confidente. Hace un par de años, cuando su novia le dejó por no estar segura de su orientación sexual, nos unimos como nunca. Pasábamos horas y horas juntos. Nos encantaba robar las pastillas de la abuela y ver sus peleas con el abuelo.

¹ Relat guanyador de la 3a convocatòria del concurs De 14 a 20 (Curs 2015-2016).

Nos encantaba jugar al escondite por toda la ciudad. Una vez me hizo pasar toda la noche escondido en un parque repleto de adolescentes que iban perdiendo el conocimiento entre botellas de alcohol. Recuerdo que cuando regresé a casa, traicionado por mi hermano, mi madre lloraba desconsoladamente abrazada a la abuela. Pensaban que me había pasado algo, y aunque vieron que estaba bien y en casa, pasaron unos días horribles. Seguramente era porque Nico había decidido fugarse con su amigo.

Casi no recuerdo aquellas dos o tres semanas que dormí con mis padres por miedo a estar solo en la habitación. Pasé mucho tiempo con una vecina, y me daba rabia que me miraran con pena. “Volverá pronto”, les decía siempre. Y cuando lo hizo, cuando se dignó a regresar a casa, todo menos el rostro de mi padre cambió. Se veía de lejos que la fuga de mi hermano le había afectado. Supongo que a mi madre también, pues pidió un turno más extenso en el trabajo. Yo no soportaba las preguntas de mis compañeros, así que empecé a distraerme en clase y a escribir notas rompiendo estereotipos. A los profesores no parecía importarles, así que no paré.

Hoy he decidido parar.

Cuando salgo de entre las sábanas, sacudo a Nico para que se despierte también. Me pide cinco minutos más, y, como siempre, se los doy. También como siempre, cuando me voy hacia el instituto todavía no se ha despertado. Hace un tiempo le pedía a mi padre que le despertara, pero dejé de hacerlo cuando me dijo que tenía que superarlo. Supongo que pensaba que me daba envidia, pero realmente no entiendo cómo Nico consigue aprobar sin ir a clase.

Cojo mi mochila y salgo de casa tras besar la mejilla de mi padre. No me he despedido de Nico, pero es que nunca lo hago. De camino a la escuela nada cambia, la misma gente, la misma música en mis auriculares... Cuando me cruzo a la que fue novia de Nico, no le miro a la cara. Hace unos meses me la encontré y me dijo que echaba de menos a mi hermano, a lo que yo le respondí que él a ella no. “Decidió fugarse por tu culpa” le dije. Desde entonces no me dirige ni la palabra ni la mirada. Yo tampoco a ella.

La vecina con la que pasé mucho tiempo tras la desaparición de mi hermano, mi única amiga actual, me espera en la puerta de clase con una gran sonrisa, a lo que yo le respondo con un abrazo.

—Tus abrazos me recuerdan a cuando nos conocimos —le digo.

—Hace ya dos años de eso.

—Las cosas importantes no se olvidan, Tanit.

Entramos en clase y por primera vez en mucho tiempo me siento capaz de atender y tomar apuntes. Aunque con dos años de retraso, no entiendo gran cosa. Noto la mirada de Tanit sobre mí, pero cuando me giro para mirarle, me evita.

A la salida, cansado y orgulloso por haber atendido en todas las clases, Tanit me ofrece pasar

la tarde en su casa, pero le digo que no puedo.

—Hoy no has escrito —dice, y nos quedamos quietos en la portería de nuestro edificio.

—Estoy cansado.

—Pues descansa, ¿vale? Pensaba que ya no quedaban estereotipos por romper.

Entro en mi habitación esperando encontrar a Nico todavía tumbado, pero lo encuentro sentado en mi pequeño escritorio.

—¿Es que nunca vas a clase? —pregunto.

Deja ir una risa suave y me detengo a observar sus rasgos más pronunciados. Tiene una peca en el lado derecho de la nariz y otras tres en la barbilla. Siempre ha intentado ocultarlas con una barba para nada favorecedora: su piel es demasiado pálida como para cubrirla de un vello tan oscuro.

Sus ojos son igual de oscuros, a diferencia de los míos. Siempre me ha dado la sensación de que Nico manifestó la mayoría de genes maternos y yo los paternos.

—Las clases son muy aburridas —admite.

—Pensaba que te gustaban.

—Son divertidas cuando estás con amigos.

Bajo la mirada y la fijo en la mancha de café que hay en la alfombra. Debería limpiarla antes de que mi padre entre para pedirme que ponga la mesa.

Nico nunca menciona a sus amigos, porque dudo que los tenga. Desde pequeño ha sido víctima de acoso escolar y es incapaz de confiar en nadie. Es un milagro que conmigo sea capaz de abrirse. Aun así, se me hace difícil escucharle hablar de cómo día tras día utilizan sus rasgos, manías y costumbres para hacerle sentir mal. Pensarías que después de tantos años ya sería inmune a esos comentarios, pero sigue perdiendo el brillo en los ojos cuando se menciona el tema.

—¿Qué me dices a una tarde de cine? —pregunta emocionado.

Y así es como pasamos la tarde y parte de la noche: comiendo palomitas y viendo películas de acción, las favoritas de Nico. Ya casi no veo las comedias románticas que tanto me gustan. A mi padre le enfada que siempre haga lo que Nico me dice, pero creo que en el fondo él también prefiere las comedias.

A más de las cuatro de la madrugada, mis párpados se convierten en dos grandes pesos que necesitan caer y no puedo evitar bostezar.

—¿Quieres ir a dormir ya? —pregunta Nico, completamente despierto.

Asiento tímidamente y me arrastro hasta nuestra habitación, dispuesto a dejarme vencer por el sueño.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Nico no está en la cama, así que supongo que estará en la

Universidad. Me propongo volver a prestar atención en clase, así que me visto a toda prisa e intento llegar pronto para coger sitio en la primera fila.

Hoy me dejo llevar por la imaginación, y la clase de inglés resulta ser muy divertida. Tanit me mira sorprendida y en más de una ocasión me sonrío.

—¿Has descansado?

—He estado toda la noche viendo películas.

Levanta las cejas y no intenta ocultar su sorpresa y decepción. Sabe perfectamente que solo veo películas con Nico, y Tanit no soporta que le mencione. Muchas veces he intentado juntarlos en la misma sala para que se conozcan, pero alguno de los dos siempre tiene algo que hacer. También he intentado comprender por qué Tanit se siente así cuando le menciono, y en más de una ocasión se lo he preguntado, pero nunca recibo una respuesta.

—¿Quieres venir a casa esta tarde? —pregunto.

—Claro.

—Nico no estará.

No sé por qué lo digo en voz alta, pero imagino que me muero de ganas por ver su reacción. Como ya lo esperaba, gira la cabeza y se centra en los apuntes que hay escritos en la pizarra.

—Por primera vez en mucho tiempo se ha despertado antes que yo, así que supongo que estará fuera todo el día. Ya sabes, en la Universidad.

—¿Nico no estaba esta mañana? —su pregunta me sorprende, pero he perdido todas las ganas de hablar sobre él, así que cierro la boca y espero a que suene el timbre.

Como ya lo suponía, Nico no está cuando vuelvo a casa, y tampoco cuando Tanit llega. Empiezo a preocuparme cuando tampoco está a la hora de cenar, ni a la de dormir.

Decide regresar a casa cuatro días después, mirándome con tristeza y la vista cansada.

—Y luego me preguntan por qué no quiero seguir estudiando. Mírate, das pena.

—No he estado estudiando.

Le sigo hasta la cama y me siento a su lado. Su tono consigue asustarme.

—¿Estás metido en algún lio?

Parece irritado, pero quiero saber por qué ha desaparecido.

—¿Por qué no has avisado a papá?

—A papá no le importo.

Me mira a los ojos, y no sé si es el reflejo de los míos o si son los suyos, pero veo tristeza en ellos. Rezo porque solo sea un reflejo de los míos.

Se levanta y con un paso ligero se dirige hacia la puerta de la habitación. Corro para llegar antes que él y no le permito salir.

—Déjame ir —dice.

—Dime dónde has estado.

—Lo digo en serio, deja que me vaya.

—No —se me rompe la voz.

—Tienes que dejar que me vaya. No me puedo quedar más tiempo. Estoy cansado.

No entiendo lo que quiere decir, así que opto por guardar silencio y dejar que hable.

—No es justo para ti. Te estás haciendo daño —susurra.

—No hables del dolor. Siempre huyes de él. Igual que cuando decidiste fugarte y destrozaste a tu familia. Dime, Nico, ¿fue eso justo para mí? Porque no pareció importarte.

Da media vuelta y se dirige a la cama. Cuando se sienta sobre ella, dejo ir el pomo de la puerta, pero no doy ni un paso. Una sensación agri dulce ha invadido mi cuerpo.

—¿Es que no te acuerdas de qué día es hoy? —pregunta. Señala el calendario que hay colgado en la pared.

Desvío la mirada hacia la pared y no consigo descifrar lo que me dice.

—Nico, hace dos años que no muevo una sola página de ese calendario.

—No recuerdas nada, ¿no?

Al no entender una sola palabra, me acerco al calendario y empiezo a pasar páginas hasta llegar al día actual. Mi expresión cambia por completo cuando leo lo que hace tanto escribí. Como si de una pistola se tratara, mi memoria comienza a disparar recuerdos. Los veo tan cerca, tan transparentes y reales...

—Tienes que prometerme que si no consigues entenderlo, leerás esta carta dentro de dos años.

—Nico, ¿qué dices?

—He escrito una carta a mi hermano del futuro explicándole el presente.

—¿Por qué dentro de dos años?

—Puede que no estés listo antes.

Me encojo de hombros, y como todo lo que mi hermano me ha dicho siempre, me lo creo. Cruzo mi habitación corriendo y paso las páginas del calendario hasta llegar al futuro. Con un bolígrafo destrozado y mordido en mano, apunto “Leer carta del futuro... o pasado, depende.”

—Tienes que prometerme que no importa lo que pienses en ese momento, la leerás.

No acabo de entender por qué un recuerdo tan vago consigue hacerse sentir tan vivo. Tampoco entiendo por qué una lágrima corre por mi mejilla, como si ella supiera más que yo. Cierro los ojos con fuerzas e intento bloquear los recuerdos, pero lo que no consigo entender es que eso es precisamente lo que llevo años haciendo.

—¿Lo prometes?

Miro el sobre con mi nombre escrito en su mano y sonrío.

—Te lo prometo.

Abro el cajón de mi escritorio a toda prisa y busco por el fondo. Cuando doy con el sobre, me giro para avisar a Nico, pero él ya no está. Y entonces me doy cuenta de que puede que nunca llegara a estar.

Querido hermano:

Se me hace muy difícil escribir estas palabras sin saber si vas a cumplir tu promesa. Supongo que estoy escribiendo un poco a ciegas, porque puede que cuando esta carta llegue a tus manos, ni me recuerdes. Dicen que los momentos más impactantes pueden ser olvidados, bloqueados según el dolor que puedan causar. Creo que lo correcto es que antes de nada me disculpe. Siento haberte fallado. Siento no haberte ido a buscar cuando jugamos aquella tarde; yo también me estaba escondiendo. Algunos me van a llamar cobarde, puede que cuando leas esto lo sigan haciendo. Puede que tú también lo hagas. Puede que ya no sirva de nada, pero te quiero. Y si estoy escribiendo esta carta es porque soy incapaz de irme sin decírtelo. Fuiste la única razón por la que me quedé tanto tiempo. Quise hacerlo antes, huir. Pero ahí estabas tú, con tus ojos saltones, disfrutando como nunca robando las pastillas de la abuela... Ahí estabas tú, salvándome día a día. No sabes lo feliz que he sido contigo, y no sabes lo que duele tener que despedirse del único motivo por el que me arrepiento de lo que hice. No puedo más. Luchar contra la gente es sencillo, sus opiniones no significan nada. ¿Luchar contra uno mismo? Eso es más difícil. No puedo quedarme y fingir que todo va bien. Es imposible vivir cuando tu único deseo es dejar de hacerlo.

Quiero que cuando acabes esta carta, la rompas. Quiero que me dejes ir. Hermano, tienes que dejarme ir. A veces todo se complica y la única solución es dejar que el tiempo haga su trabajo. Te escribo esta carta para liberarte de esa culpa que espero que nunca hayas sentido. No nos podemos hacer responsables de las acciones de los demás. Déjame ir, porque te mereces vivir.

Te quiere,

NICO

Soy incapaz de ver el suelo cuando me dejo caer sobre él. Todas las barreras construidas durante los dos últimos años se vienen abajo. Ya no hay un muro que me proteja.

Lo veo todo claro. Lo recuerdo todo.

No le cogíamos las pastillas a la abuela para verla discutir con el abuelo; lo hacíamos para que Nico las consumiera aquella tarde que pasé escondido en el parque. Tampoco se fugó con su amigo. En mi habitación solo hay una cama porque no hay nadie para ocupar la segunda.

Ahora entiendo que lo que mi padre quiere que supere no son las horas que Nico duerme y yo no. Lo que quiere que supere es que no hay Nico que duerma, porque no hay Nico que viva.

Consigo entender por qué empecé a romper estereotipos: me propuse acabar con ellos de la misma manera que ellos acabaron con Nico.

Rompo la carta en lo que parecen mil pedazos.

Y entiendo que tengo que dejarle ir.

Y le dejo ir.

Marta Alarcón Márquez
(Institut Puig Castellar)



Bienvenidos, mi nombre es Hugo. Sé que esperáis que os cuente una historia, pero voy a hacer algo mejor. Voy a contaros una leyenda. Pensaréis que es lo mismo, pero estáis del todo equivocados. Una historia puede dejarte huella o puedes olvidarla al día siguiente. Pero una leyenda, oh, una leyenda es algo más. Esta leyenda es algo más. Tomad asiento y prestad atención, cerrad los ojos y centraos en el sonido de mi voz, en mis palabras y mi respiración. Preparaos para llevar lo que voy a contaros en la memoria para el resto de vuestros días. No intentéis olvidarlo, no podréis. Yo no he podido.

Lo tengo todo escrito en cientos de hojas y cuadernos distintos, perdidos entre los cajones de una cómoda y debajo de la cama, desterrados. Siempre me han dicho que una buena forma de liberar nuestros pensamientos es escribiéndolos sobre un papel, pero a mí no me sirvió de mucho. Las palabras garabateadas con desesperación no se marcharon, sino que además de adherirse a las páginas, se me tatuaron en la piel y el alma, con tinta invisible e imborrable. Cuando te ocurre algo tan horrible como maravilloso e inesperado, hagas lo que hagas nunca lo podrás dejar atrás, estoy seguro que tenéis una ligera idea de lo que hablo. Aunque, para ser precisos, a mí no solo me ocurrió algo, sino también alguien.

Antes de que empecéis a desconectar y a poner los ojos en blanco, permitidme deciros que esto no es una historia de amor. Este relato es sobre ella. No, de hecho, no es sobre ella; ella es el relato, ella es la leyenda. Ella es, de entre todas las personas que he conocido, conozco y conoceré, de entre toda la gente que ha pasado y pasará por mi vida, la más increíble de todas. Es una obra de arte que te deja sin respiración cada vez que la miras. Es magia y electricidad, es tormenta, es fuerza y es, como solo ella puede ser, una inspiración. Ese punto de luz, pequeño y brillante, al final de un túnel, esa esperanza. Sí, creo que por fin he encontrado la palabra que la define, esperanza. La mía, la vuestra, la de todo el mundo.

Supongo que querréis saber de quién os estoy hablando, pero antes debo explicaros cómo y por qué la conocí. Retrocederemos atrás en el tiempo, hasta hace diez años. Por aquel entonces yo tenía una

2 Relat finalista de la tercera convocatòria del concurs De 14 a 20 (curs 2015-2016).

vida sencilla y estable, regentaba un pequeño negocio de perfumes y jabones y otros pequeños lujos que la gente rica se podía permitir. Vivía en la ciudad, no sé si por suerte o por desgracia, con mi marido, Owen, y tres gatos que iban y venían a sus anchas. Una vida modesta y en ocasiones un poco aburrida, pero tranquila y sin problemas. Echando la vista atrás, recuerdo que había muchas noches en vela en las que liberaba mis pensamientos, era sincero conmigo mismo y admitía que aquella vida no me hacía feliz, para instantes después recriminarme por pensar de ese modo. Creía que no era justo quejarme, había muchas personas que estaban en una situación mucho peor que la mía. Pero dejadme que os diga algo: vuestra vida es lo mejor que tenéis, lo más valioso de todo, y vuestra libertad y felicidad son algo por lo que merece la pena luchar. No hagáis como yo y os conforméis, buscad, explorad y encontrad lo que estáis buscando. Yo lo hice, pero quizá demasiado tarde, y no hay día en el que no me arrepienta de no haber tenido el valor suficiente para cambiar las cosas cuando era el momento de hacerlo. Ella sí lo tuvo, y esa es una de las muchas cosas que la hacen increíble. Es probable que el modo en que la veo no sea del todo objetivo, no lo niego, pero dudo mucho que haya existido nunca alguien como ella. Tan fuerte y valiente, tan decidida y fiel a ella misma, y a la vez tan rota y atormentada.

Me fui a dormir una noche, abrazado a Owen y con uno de nuestros gatos enredado a los pies de la cama, y a la mañana siguiente el mundo estaba en llamas. Los gritos desgarrados y las detonaciones recorrían las calles de la ciudad y por un segundo todo pareció ralentizarse. Sentía el cuerpo entumecido y la mente dormida, solamente cuando el sonido de una bomba al explotar llenaba mis oídos recuperaba la consciencia. Jamás había visto nada parecido. El humo impedía ver y respirar y avanzábamos a ciegas, trastabillando e intentando no caer. El aire olía a muerte y a dolor y lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que deseaba que todo aquello fuera una pesadilla, que no fuera real. De pronto, sentí cómo la mano de Owen abandonaba la mía y caí de bruces al suelo. Hubo un ruido atronador y todo se volvió negro.

Aquel día perdí a Owen. No sé si murió en el ataque o simplemente desapareció, pero no le volví a ver. Aún hoy pensar en él me duele, porque le amaba con toda mi alma aunque no llegué a ser feliz a su lado. Porque me lo arrebataron y ni siquiera pude decirle adiós. Aquel día también me perdí a mí mismo. Mi libertad, mi pequeña y débil esperanza de llegar a ser feliz, me fue arrebatada. Y no fue hasta mucho tiempo después que me permití soñar de nuevo.

Fui un esclavo durante cuatro años y siete meses. Hubo muchas personas que prefirieron morir y se

suicidaron, pero yo no fui capaz. Quizá fue por cobardía o por tenacidad, pero en esos momentos mi vida era lo único que me quedaba, y aunque hubo momentos en los que sentía que ya ni siquiera mi propia existencia me pertenecía, no pude rendirme. No sé de donde saqué las fuerzas para seguir adelante, pero lo hice, y gracias a ello estoy hoy aquí sentado, contando esta leyenda.

Y entonces llegó ella. Hacía apenas unos meses que mis dueños me habían vendido a un importante granjero y pasaba los días bajo el sol y la lluvia, con la espalda encorvada y las manos destrozadas, intentando no hacer enfadar a mi nuevo señor. Una tarde, oí el tintineo de unas cadenas a mi espalda y el capataz de la finca me llamó. Me di la vuelta y la vi. Vestía unos harapos blancos y sucios, y llevaba grilletes en los tobillos y las muñecas. Y era preciosa. El capataz me dijo que era una nueva esclava y que no quería decir su nombre, aunque esto último no tenía ninguna importancia. Para nuestros dueños no éramos personas, qué más daba si no teníamos nombre. El hombre le quitó las cadenas y le ordenó que empezara a trabajar. Ella asintió con la mirada fija en el suelo y se puso manos a la obra, pero cuando el capataz dio media vuelta y se alejó ella le lanzó una mirada venenosa, llena de ira y odio, una promesa de venganza. En ese momento la vi de verdad, vi su fuego y el amor hacia sus ideales, el amor hacia ella misma, hacia su libertad. En esos ojos verdes, oscurecidos por la furia vi, por primera vez en mucho tiempo, esperanza.

Estoy seguro de que hay muchas personas que luchan día tras día por lo que creen que es correcto, que son valientes, pero en el mundo en que yo vivía no había nadie así. El miedo nos tenía paralizados y nos hacía mantener la cabeza baja y la mirada sumisa, ni por un segundo se nos pasaba por la cabeza mirar a alguien a los ojos o hablar si no se lo ordenaban. El temor a volver a sentir unos grilletes o un látigo sobre nuestra piel era nuestro verdadero dueño, y era más fuerte que la rabia y el odio. Por eso cuando la conocí me sentí extraño, como si estuviera mirando una criatura que se había declarado extinta. En cierto modo así era. Quería que todo el mundo la conociera, que todo el mundo supiera que estaba allí, para compartir esa esperanza que yo sentía, para mostrar que, después de todo, todavía podíamos ser salvados.

Trabajamos codo con codo durante cuatro meses. Ella explicaba y yo escuchaba, maravillado. Tenía un alma poderosa, magnética. Hablaba con pasión, con alegría, sus ojos brillaban cuando dejaba salir todo lo que había encerrado en su mente, un mundo entero. Gesticulaba enérgicamente, ayudándose con las manos para expresar sus ideas. “¿No lo ves, Hugo? Todo esto es nuestro. Es nuestra tierra, nuestra vida, nuestra libertad. Y creen que nos la han quitado. Pero se equivocan. Oh, vaya que si se equivocan. Quizá permanezcamos así durante más de cien años, generación tras generación, arrodillados ante estos monstruos. Pero un día, ah, un día

nos alzaremos. Y serán ellos los que nos teman a nosotros. Quizá no estaré aquí para verlo, pero ocurrirá. Y eso me basta.” Recuerdo que un día le pregunté cómo era posible que fuera tan optimista, cómo conseguía no dejarse llevar por la visión de un futuro negro, la visión de una vida inalcanzable. Sonrió, y me miró como si fuera un niño inocente e ingenuo. “Un futuro negro dices, ¿eh? Una vida inalcanzable, un sueño imposible, sí. ¿Sabes? Hay un dicho entre los pueblos del norte: mientras hay vida hay esperanza. Y nosotros estamos vivos, ¿cierto? Pues ahí lo tienes, el secreto de mi optimismo eterno e indestructible” Se rio, burlándose de mis palabras. Esa noche, cuando todos estábamos dormidos, el capataz entró en la cuadra donde ella descansaba, se la llevó a su alcoba y la forzó. Al día siguiente, no intentó ocultar su mejilla amoratada ni se avergonzó al contármelo. “Una mujer jamás debe avergonzarse por algo que ha hecho mal un hombre. Jamás. Y menos por algo así. No sé qué pretende ese monstruo, pero nunca voy a ser suya. Mi cuerpo no soy yo. Me duele lo que me ha hecho, pero si así cree que va a poder amedrentarme, lo lleva claro. Soy un ser humano, y nada de lo que haga va a poder cambiar eso. No soy un objeto que pueda usar cuando le plazca y si vuelve a intentar hacerme daño y puedo defenderme, no me va a temblar el pulso. Que me castiguen y me maten a latigazos, pero ese cerdo no me va a volver a poner las manos encima.”

Pudo cumplir su palabra una semana más tarde. El capataz volvió a intentar forzarla: la arrastró hasta su habitación, la empujó sobre la cama y cuando se abalanzó sobre ella se encontró con un cuchillo clavado en el pecho. Al menos, esa es la historia que cuentan por ahí, porque ella nunca me lo explicó. Me despertó en medio de la noche, con una sonrisa de oreja a oreja, feliz. Estaba feliz. Nunca la había visto así. No creáis que estaba contenta por haber matado a un hombre. Sonreía porque se había probado a sí misma que podía luchar por su libertad, como nadie se había atrevido nunca a hacerlo.

Esa noche se marchó, y fue la última vez que la vi. “Voy a escapar, Hugo.” me dijo antes de huir. “Lo voy a conseguir. Voy a salir de aquí y voy a esconderme en las montañas. Esperaré el momento oportuno y entonces lucharé por mi libertad y la de todos nosotros. Sé que no puedo pedirte que vengas conmigo, así que espero volver a verte cuando todo esto termine.” Tenía razón. A pesar de todo lo que había aprendido con ella, todavía era incapaz de vencer el miedo, todavía era un cobarde. Hizo el ademán de empezar a correr pero se detuvo y dio media vuelta. Me abrazó tan fuerte que pude sentir los latidos frenéticos de su corazón golpeando contra mi pecho. Enterró su cara en mi cuello y me susurró al oído una última palabra.

—Vona.

Su nombre, me confió su nombre. Decía que en un libro había leído que conocer el nombre de algo o alguien te da poder sobre ello y apoyaba esa teoría. Por eso nunca quiso desvelar su nombre a nadie, ni siquiera a mí. El hecho de que al marcharse me lo dijera me dio a entender una cosa: ella sabía que no íbamos a volver a vernos. Y, una vez más, cómo no, tenía razón.

Unas semanas después de que Vona desapareciera comenzaron a oírse rumores. Un grupo de esclavos fugitivos en las montañas. El hijo del que había sido el rey de nuestro país reuniendo soldados en una bahía. Amos de tierras que aparecían asesinados de la noche a la mañana. Pensad lo que queráis, pero no podía ser una coincidencia. Ella tenía algo que ver con lo que estaba ocurriendo. Habían pasado cuatro años de silencio, de sumisión y de cabezas gachas, y justo cuando ella escapó, todo empezó a tambalearse. Los esclavos de la finca estábamos inquietos, más asustados de lo habitual, esperando represalias. Pero también mirábamos hacia el horizonte, esperando que ocurriera algo, esperando a alguien que nos tendiera la mano y nos ayudara a empezar a ser valientes. No podíamos hacerlo solos, pero si esa ayuda llegaba, no dudaríamos en aceptarla. Pero no llegó.

Una noche tuve un sueño. En él aparecía Vona, luciendo una sonrisa cansada pero satisfecha, y señalaba algo que había a mi espalda. Yo me daba la vuelta y a mis pies había un pueblo situado en un valle, en el que había una muchedumbre cantando y bailando. Aunque cerrara los ojos, podía sentir la felicidad de esas personas en sus risas y sus saltos, en la música y el viento. Al darme la vuelta para preguntarle a Vona qué era ese sitio, ella ya no estaba. En su lugar se encontraba Owen, también sonriendo, pero con los ojos llenos de lágrimas. Quise correr hacia él y abrazarlo, pero mis pies no respondían. “No me ayudes a mí, ayúdales a ellos. Vona ya no está aquí para hacerlo por ti. Sé que no lo crees, pero te necesitan. Ayúdales. Ayúdate.” En el instante en el que Owen se desvanecía me desperté sobresaltado. Intenté volver a dormir, pero las palabras de Owen martilleaban en lo más profundo de mi mente, insistentes y apremiantes. Entonces me di cuenta de que ya no podía seguir fingiendo, de que era inútil negar que me moría de ganas de hacer algo, de que por fin había dejado atrás el miedo. Solo esperaba que los demás también lo hubieran hecho.

Desperté a todos los esclavos que dormían en la misma cuadra que yo. Les conté que iba a escaparme y que quería que vinieran conmigo. Les hablé como Vona me hablaba a mí, con emoción y esperanza, con ilusión. Les prometí que otra vida era posible. Les dije que ya habíamos vivido demasiado tiempo esperando a que otros nos ayudaran, a que nos rescataran. Teníamos que salvarnos nosotros mismos. Vi que estaban muy asustados, pero en sus ojos también había un destello de rebeldía, de sed de aventura, de ganas de luchar por su tan merecida libertad. Me costó

tres semanas convencer a todos los esclavos de la finca pero finalmente conseguimos trazar un plan. Tuvimos que matar a nuestro amo y a los ayudantes que le eran leales y encerrar en las cuadras a los hijos y a su mujer. Matar por nuestra libertad nos costó un trozo de nuestra alma, y ninguno de nosotros va a poder olvidarlo nunca. Caminamos durante días hasta llegar a las montañas. Avanzábamos temerosos de no encontrar nada allí, de que todas las historias y rumores que habíamos oído fueran solo eso, invenciones desesperadas. De modo que, cuando llegamos a un valle profundo por el que pasaba un río y vimos una aldea construida alrededor de él, se nos cortó la respiración. Podía ser real o no, podía ser una trampa, podía no ser lo que esperábamos que fuera. Descendimos con cautela por el valle hasta el asentamiento. Instintivamente busqué a Vona, pero no la encontré. Un hombre y una mujer se acercaron a nosotros y, al ver las cicatrices de los grilletos en nuestras muñecas, nos sonrieron con calidez y nos dieron la bienvenida a casa.

Siempre me he preguntado cuál es el límite, cuál es la línea que separa la cobardía del aprecio a tu vida. ¿Se puede acusar alguien de cobarde si elige no ayudar a otra persona cuya vida está en riesgo, cuando hacerlo supondría la muerte, cuando el precio de ser valiente es morir? Este pensamiento carcomía mi mente mientras intentaba conciliar el sueño, tratando de concentrarme en el suave sonido de las gotas de lluvia golpeando el cristal de la ventana. La culpa y el alivio que sentía libraban una batalla en mi interior, una lucha imposible de ganar. Hacía dos meses, había dado un paso al frente y escogido ser fuerte, pero ahora había dado dos pasos atrás y vuelto a ser un cobarde. Me quedé en la aldea, refugiado y escondido entre las montañas, mientras los demás se marchaban a luchar por mí. Llevaban varios meses planeando un ataque contra nuestros invasores, habían empezado a trazar planes mucho antes de que mi grupo y yo llegáramos allí. Me sentí empequeñecido y fuera de lugar: yo había cometido un pequeño acto de coraje, pero aquellas personas eran valientes por naturaleza, no dudaban en dar su vida desinteresadamente, sus ojos relampagueaban de determinación y orgullo cuando les oías hablar; no sabía que todavía hubiera gente tan noble. Me recordaban mucho a Vona y eso hacía que la echara más en falta.

Me habían invitado a ir con ellos a tomar la capital y, aunque les dije que tenía que pensarlo, en el fondo estaba paralizado de terror. Había visto la muerte de cerca muchas veces y conseguido esquivarla, y solo de pensar en tener que arriesgar mi vida de nuevo mi cuerpo temblaba de puro pánico. Sé que no tengo excusa, que tener miedo no significa no ser valiente, pero cuando vinieron a preguntarme si me uniría a la lucha, decliné su oferta. Me sorprendió no ver en sus miradas ningún reproche, pero sabía que estaban decepcionados. También comprendía que no era merecedor de toda la ayuda que me habían prestado, sin vacilar un segundo, sin el menor rastro de

desconfianza. Me sentía un traidor.

Estuvimos un mes sin tener noticias de nuestros soldados. En el asentamiento se respiraba un ambiente tenso, en el aire una mezcla de preocupación, miedo y anhelo. Un día, sentado en la mesa de una pequeña taberna, escuchando en silencio la conversación de dos nuevos rebeldes que habían llegado hacía unos días, volví a oír el nombre de Vona. Me quedé clavado en mi sitio, sin poder moverme y apenas sin respirar, para poder escuchar con todo detalle lo que había sido de ella.

“Sí, dicen que ese es su nombre. Ya había oído hablar de ella antes, algunos rumores e historias sueltas. Cuenta que se escapó ella sola de la finca de su dueño, matando a todos los que se ponían en su camino y dejando un rastro de cadáveres por todo el campo de trigo. Yo me lo creo, qué quieres que te diga. También se oye por ahí que estuvo aquí, en esta aldea, pero que se marchó al cabo de unos días para luchar por su cuenta. Yo no habría sido capaz, sinceramente. No pongas esa cara; tú, tampoco. Esa mujer tiene más coraje que todos los hombres de esta taberna juntos.” Me sentí más orgulloso de ella todavía. Parte de aquella pequeña historia era mentira, pero como todos los rumores que van de boca en boca también tenía una parte de verdad. Desde aquel día, no he tenido ninguna duda de que iba a convertirse en alguien recordado y admirado en todas partes. Y así fue.

Los soldados no volvieron. No fue necesario. Yo no lo sabía, pero además de nuestro asentamiento rebelde existían otros diez más repartidos y ocultos por todo el país, y los diez ejércitos, armados con espadas y esperanza, irrumpieron en la capital. Yo tampoco lo sabía, pero Vona dirigía una de esas tropas. La guardia de los invasores les estaba esperando, pero no contaban con que hubiera un número tan elevado de rebeldes. Las calles volvieron a teñirse de rojo y a iluminarse con fuego. Pero en aquella ocasión había personas dispuestas a defendernos y a derramar su sangre por la libertad. Habían sido esclavos de tiranos y del miedo, pero en aquel momento eran solo hombres y mujeres que luchaban por la justicia. Se organizaron también insurrecciones en algunos pueblos y fincas, los siervos se levantaron y cortaron sus cadenas para dejar de serlo. El mundo se volvió valentía y yo no estuve ahí para verlo.

La noticia de la victoria llegó en las manos de un joven a lomos de un caballo de la guardia de los invasores. Hubo exclamaciones y gritos de júbilo en cuanto la gente vio el escudo que llevaba el

animal en la silla. El chico sonreía, pero sus ojos estaban profundamente tristes. Fue entonces cuando comprendí que había habido muchísimas bajas, que el precio de la libertad había sido demasiado alto. Sin embargo, sabía que nadie, ni siquiera los que habían perdido la vida, se arrepentían de lo que habían hecho. Era un pequeño consuelo, pero no había nada más a lo que aferrarse.

Muy lentamente, a pasos pequeños y cautelosos, las cosas fueron volviendo a la normalidad. No me gusta esa forma de expresarlo, pero es lo que todo el mundo decía. “Todo volverá a ser como antes, todo estará bien de nuevo.” Esas fueron las palabras que más veces escuché durante todo el año siguiente y, aunque deseaba con toda mi alma que fueran ciertas, la verdad es que eran la mayor mentira jamás contada. Todo había cambiado, todos habíamos cambiado. La gente estaba rota, liberada del peso del miedo pero atormentada por todo lo que había sufrido y visto. La losa sobre sus hombros no había desaparecido, tan solo había cambiado de forma. Hizo falta mucho amor y cariño, mucha paciencia y delicadeza, mucho tiempo, para que las heridas cicatrizaran y las pesadillas dejaran de perturbar nuestras noches. Aun así, había marcas en nuestra alma y nuestra memoria, señales que nunca se borrarían del todo. Vona tenía razón, no nos lo habían quitado todo, pero habían logrado dejar un dolor y un recuerdo que tendríamos presente para siempre.

Por mi parte, cuando pudimos entrar en la ciudad sin peligro, fui al lugar donde había estado nuestra casa. No sé qué esperaba encontrar, pero al ver un solar vacío, lleno de ruinas y cenizas, caí de rodillas. Creo que ese fue el momento en el que volví a recobrar la consciencia y vi con mis propios ojos que mi vida anterior estaba enterrada bajo aquel montón de escombros. Fue aquel instante en el que, de repente, supe a ciencia cierta que nunca más volvería a ver Owen. Dejando salir todo lo que había llevado dentro tanto tiempo, enterré la cara entre mis manos y lloré.

Como ya os he dicho en el inicio del relato, muchas personas me aconsejaron escribir. Al principio no quería escribir sobre mí, porque me daba miedo adentrarme en mi mente y descubrir cosas que no quería que estuvieran ahí. Así que escribí sobre Owen. Y cuando comenzaron a circular las hazañas de Vona, escribí sobre ella.

Se decía que redujo a cenizas la finca entera de un señor y le obligó a mirar cómo ardía, que cuidó ella sola durante dos semanas a tres hermanos que había encontrado perdidos en un camino, que había dirigido la huida de los esclavos de cuatro fincas diferentes, que torturó a un capataz hasta obligarle a confesar que había forzado a varias esclavas y que acto seguido lo mató, que sus ojos eran verdes y desprendían una llamarada llena de vida, y que al mirarlos fijamente creías que todo era posible, que sus palabras eran mágicas y que su voz te llenaba el alma de esperanza, que su

corazón era fuerte como las rocas y cálido como el sol, que después de la victoria nadie la volvió a ver.

Todo el mundo hablaba de ella con admiración y agradecimiento, todo el mundo se preguntaba por qué había desaparecido. Se sabe que no murió en la batalla, pues muchos de los soldados la vieron ayudando a los heridos. Hay personas que la buscaron y aún hoy siguen haciéndolo, pero si está ahí en alguna parte, sé que no quiere ser encontrada. Me gustaría darle las gracias por haber inspirado a tanta gente y haberles ayudado a creer y a no rendirse, y también querría pedirle perdón porque a pesar de lo mucho que aprendí con ella, no pude combatir el miedo. La veía a veces en sueños, pero mi mente había olvidado el sonido de su voz y su rostro aparecía desdibujado. Son solo sus palabras las que han quedado grabadas a fuego en mi memoria.

Esperé durante mucho tiempo una carta o una nota suya, pero nunca llegó. Tan solo me queda su recuerdo y la leyenda que ha ido dejando tras de sí, una leyenda que he contado miles de veces y escrito otras tantas, y así seguiré haciendo, pues olvidarla sería olvidar lo que soy ahora. Vona ya no es solo una mujer que nos devolvió la libertad, es un símbolo, una imagen. Es quien creyó desde el principio en todos nosotros, cuando nosotros no lo hacíamos. Es un mensaje, un recordatorio de todo lo que perdimos y ganamos, de los que lucharon y no vieron un mañana libre, y de los que sí lo hicieron, de los cobardes, de los rotos, de los que creyeron en la esperanza.

Su nombre es Vona, no la olvidéis.

Júlia Fas Aguilar
(2n de Batxillerat)
Institut Numància



LUCES Y SOMBRAS³

Luz

—Bueno, no sabría qué decirle. Es una larga historia pero intentaré explicárselo. Eran sobre las tres de la mañana cuando me desperté en plena oscuridad...

Tanteé a mi derecha a fin de encontrar la luz pero solo hallé una superficie lisa parecida a una tela. La acaricié con mi mano derecha y me levanté, sin encontrar aún el interruptor. De repente, la oscuridad cambió de tono, un dulzor la recorrió debido a que la surcaba de un punto a otro el techo de la sala. En seguida pude ver que me encontraba de cara a la pared, muy cerca de ella, cuando un leve cosquilleo despertó mis manos.

Un sonido de carrete de película inundó la habitación en el momento en el que me giraba y lograba ver dos siluetas, una más pequeña y otra más alta y esbelta, como de una mujer. Se daban la mano con una gran sonrisa ladeada hacia arriba a la derecha y ojos enormemente abiertos. El niño, charlatán, saltaba y brincaba intentando llamar de forma inocente la atención de la madre, que reía con un ruido sordo que inundaba la estancia. A las dos figuras les faltaba perspectiva aérea, un espacio donde ubicarlos, pero no dinamismo ni profundidad, así que parecían un holograma.

Me acerqué a ellos con un atisbo de curiosidad. La madre paró en seco delante de mí. Al reparar en su mano izquierda, que de golpe dejó de balancearse, veo en su dedo índice una cicatriz que lo recorría bajo la uña, hecha con el cuchillo por culpa del pastel de mi segundo cumpleaños. Sin duda, pude confirmar que esa era mi madre y el niño, pequeño y risueño, de risas caducas, era yo.

Súbitamente, la mujer dejó escapar una mirada de terror que me dejó helado. No recuerdo ese momento exactamente, pero tampoco recuerdo a mi madre con esa mirada: el terror se transformó en odio, en frialdad. Me asustó tremendamente porque ella, una mujer siempre tranquila, calmada y sobria aunque risueña, ahora me miraba de una forma... Al segundo, ella intentó recomponerse con éxito y entonces la melodía de una nana empezó a recorrer la sala, cantada por mi madre, a lo que se añadió la risa y el parloteo de mi joven yo.

Aquellos, en realidad, fueron tiempos buenos: la felicidad residía en mi mundo de fantasía (y, según mi parecer, el de mis padres). Lejos de discusiones, números rojos, lluvias y otras desgracias diarias, todo iba bien (o, al menos, relativamente bien). Es más, la visita de nuestra amiga de la guadaña no hizo su recuerdo más triste sino que la mitificó hasta el punto de emborronarlo y hacerlo ya no ideal pero surrealista, irreal.

3 Relat finalista a la tercera convocatòria del concurs De 14 a 20 (curs 2015-2016).

Pero ahora, la imagen parecía real. Sin darme cuenta la mujer sangraba y el niño, de repente, se puso a correr dando vueltas a mi alrededor, gritando (“Yo soy el culpable. ¡La he matado! ¡La he matado!”). La cara de miedo y decepción de esa mujer me miraba fijamente, culpándome sin piedad, generando un dolor agrio que colmaba mi interior y sobrepasaba los límites de mi paciencia. Intenté huir, salir, escapar de todo aquello confuso, raro, irreal porque eso era, irreal, no podía ser más que eso, no. Esto no es verdad, pensaba.

Choqué contra una de las paredes. La luz se encendió lentamente. El cuerpo muerto de mi madre se hallaba en el centro de la sala, ahora ya real, tirado como una muñeca de trapo. Era extraño porque solo salía sangre del lado izquierdo de su frente, justo donde se había producido el cáncer, cuando se supone que la había herido. Al lado el niño, llorando y culpándome. Aquella situación, en el fondo, era algo ridícula: mi yo pequeño me culpaba a mí mismo, me reñía. Me miró con ceño fruncido, cara de dolor y odio, y se alejó corriendo por la pared de detrás de mí que ahora no era más que un rectángulo oscuro y vacío.

Me aproximé al cuerpo inerte que yacía en el suelo. De repente, una fuente de algo espeso empezó del pecho de mi madre: no era sangre, era pintura de ese maravilloso color piel que la caracterizaba, la hacía parecer delicada y fuerte, ambas cosas a la vez, de manera que la hacía destacar con tal elegancia que parecía una escultura de mármol. A la vez, las pupilas de sus ojos se fueron vaciando hasta dejar dos blancas canicas en las órbitas de los ojos que me dejaron con un vacío interior, un sentimiento de tristeza y dolor, ya casi inherente a esa situación. Todo aquello me confundía y me despistaba del hecho de que aquella sustancia, fuera pintura o no, invadía las paredes cual reptil y serpenteaba con lentitud entre mis piernas, subiendo desde los pies. Notaba que me inmovilizaba a la vez que me invadía una intensa ansiedad y miedo. Aquello me superaba pero, a la vez, era surrealista. Todo aquello no podía estar ocurriendo. No, no podía ser verdad.

Despegando mis pies de la clara lava, corrí torpemente entre zancadas y caídas hacia el rectángulo oscuro y plano que me llamaba a gritos literalmente. El niño, mientras yo estaba distraído, había huido y me llamaba escondido desde la oscuridad.

Como si nadara hacia el heroico cielo tras casi ser ahogado por el incansable mar, corrí hacia el vacío sin saber lo que me esperaba pero sabiendo por seguro que ni era peor de lo que había visto, ni sería lo que yo siempre había deseado tanto.

Oscuridad

En aquel momento, el miedo se apoderó de mí y ni siquiera me dejó ver cómo el rectángulo pálido del que había venido se alejaba detrás de mí, cerrándose poco a poco y dejando, también a mis

espaldas, el cuerpo sin vida de mi madre.

Miré a mi alrededor, la verdad es que no sabía muy bien qué hacer. No podía ver nada porque la verdad es que no lo había: todo era oscuridad y vacío. Lo único que notaba era el suelo bajo mis suelas así que, como mínimo, pude deducir que estaba en alguna habitación.

Para seguir adelante, primero me centré en mis respiraciones, una a una, poco a poco hasta dejarlas compasadas como si fueran el tic tac de un reloj que no deja de sonar pese a ser imperceptible. Después, dando una vuelta sobre mí mismo volví a comprobar que en aquel espacio no había nada, ni salida ni entrada, y me quedé allí quieto cual inútil cachivache, pensando. Quizás fue eso lo que me despistó de las voces que de repente se escuchaban, omnipresentes pero tenues:

—Papá, tengo algo que decirte —dije con inseguridad.

La voz que se escuchaba era yo pero a la vez no lo era: parecía provenir del más allá, de unos altavoces invisibles o un ser superior, reproduciendo el momento en el que, quince años atrás, se lo había confesado:

—Papá, yo no quiero ser médico. Yo... ¡quiero ser pintor! ¡Quiero ser artista!

He de reconocer que una oleada de alivio y emoción se apoderaba de mí. Por fin lo había hecho y lo iba a decir todo, llanamente. Pese a que mi padre ya veía venir la supuesta traición y todo lo demás, en ese momento me miraba con el ceño fruncido y cara de estar calculando cuánto tardaría en mandarme de una patada al psiquiátrico.

Nadar a contracorriente nunca había sido mi fuerte. Por eso, el mirar de mi padre resonaba dentro de mis huesos, me inculcaba remordimientos y la eterna duda de saber si estaba haciendo lo correcto. No me sentía a gusto, todo aquello me incomodaba.

El ambiente se volvió frío y, sin razón aparente, la segura e inevitable sensación de haberme equivocado me recorrió entero, quizás al recordar esa cara de desprecio, con el consecuente nerviosismo de querer echar el tiempo atrás. Esa mezcla de emociones me paralizó y no lograba entender qué era lo que estaba pasando en ese momento. Me encontraba en esa especie de vacío oscuro, de nada, las voces de aquella conversación resonando en el aire mientras mi cabeza estaba en otra parte: aquella casa familiar, viva, vigorosa, que de repente se había helado con una simple mirada. El silencio se mezclaba entre voces apagadas que provenían de la televisión y, aunque podía notar todas esas sensaciones diminutas, distantes y a la vez tan cercanas, yo no estaba allí. Aquel crío inseguro conseguía confundirme y mezclar realidades; ya no sabía dónde me encontraba, qué hacía...

—¿Arte? ¿Qué demonios es eso? Yo te eduqué, hijo, para que trabajaras en un buen oficio como médico o abogado pero no para que seas como esa panda de vagos que pintan como críos de tres años. Es una vergüenza, yo he puesto todo mi empeño en ti y, ¿cómo me lo agradeces?

Volviéndote un inútil. Déjate ya de esas tonterías y estudia de una vez en la vida, que el pan no se compra con garabatos. A ver si lo entiendes de una vez, que pareces un crío.

Esto era lo que se escuchaba por los altavoces. Recordaba esas palabras oídas desde abajo, no por altura, sino por la humillación que sentía. Yo me hundía en el recuerdo de esos ojos oscuros, negros como el carbón que me hacían sentir sucio, inútil, obsoleto, y me dejaba amilanar porque, claro, era mi padre.

Y, entre tanto, otra voz se hundía en mi inconsciente, valiente, luchadora, que me atrapaba sin remedio. Reconocía de cierta manera esa voz pero los gritos y humillaciones dejaban lugar a aquel rebelde, infantil e instigador aullido. Así, aquel pequeño sonido empezó crecer, poco a poco, entre confusiones y llegué, por fin, a reconocerla. Era la mía, mi propia voz, que me llamaba. Crecía, no como un héroe sino como un monstruo contra sus propios monstruos y conseguía atraparme poco a poco, por suerte o por desgracia.

Al final, la voz de mi padre empezó a difuminarse y se alzó, implacable, la mía propia, que predicaba a favor de un alzamiento contra aquella jaula, aquella oscuridad. Parecía venir del más allá, concretamente hacia mi izquierda y empecé a correr como si no hubiera un mañana, en parte, movido por la ansiedad que todo aquello suponía. En realidad mi inconsciente sabía que el cambio, la rebelión iba a ser dura pero la rabia, una inconsciente rabia juvenil y juguetona me conmovía y guiaba, solo eso, nada más y años de dolor se convirtieron en fuerza, impulso.

De esta manera, a la vez que me alejaba, o el monstruo crecía dentro de mí había un presentimiento, para mí inaceptable, que sabía que aquello que sentía mi padre no era odio, decepción o vergüenza si no un gran resentimiento ante un sueño que él nunca había podido cumplir: el de llegar a ser algo en la vida.

Azul

Nacemos y morimos solos. Vivimos solos. Y es algo aterrador. O, al menos, así lo veía yo y así me sentí al correr hacia la nada desde la nada y entrar en otro espacio oscuro, donde solo un foco desde un techo imperceptible iluminaba una pared azul y rugosa.

No puedes aprender a vivir solo. Cuando nacemos, no estamos preparados para estarlo, aunque inevitablemente lo estamos. Porque, ¿cómo puedes coger a tu hijo pequeño, una ricura, una paz y hermosura temporal y le dices que, dentro de al menos seis o siete años, después de haberlos pasado rodeado de gente, todo lo que conoce le dará la espalda, se volverá para no apoyarle y se verá solo, miserablemente solo, solo acompañado por los aspavientos y reproches de los demás niños, sus ceños fruncidos y sus noes, sus ascos e insultos? ¿Cómo le explicas que, sin comerlo ni

beberlo, sin saber por qué, se va a encontrar con algo para lo que no ha estado nunca preparado? No lo sé porque mis padres nunca me lo contaron.

Recuerdo esa pared con toda claridad. Conozco sus rugosidades y las puedo describir, una a una, igual que las finas líneas que definen la palma de mi mano. Sé todas sus imperfecciones, todas sus caras, igual que me sé las de la persona que amo. Pero el sentimiento es diferente. He pasado horas y horas mirando aquella pared, estirado en mi cama, solo, como estamos todos en el mundo.

Cada tarde, sin nada que hacer, sin gente con la que perder el tiempo, me sentaba ahí, en mi cama, frente a esa pared azul y mi cabeza se nublaba. En mi imaginación aparecían, olas que corren y navegan, barcas que se mecen en las olas y héroes, héroes que surcan los mares, viajan en plenas odiseas hasta fundar ciudades, naciones enteras, imperios. También surgían nubes despedazadas por aviones, pilotos que luchaban por sus patrias o simplemente dragones volando hasta posarse junto a príncipes, dispuestos a morir a manos de esos valientes por chicas rubias, inocentes e indefensas.

En realidad, mi lucha estaba fuera de esa pared, donde mis compañeros jugaban en la calle y yo estaba ahí, mirándola. Aún recuerdo aquel día, el día D, el del desembarco de mi furia porque después, y solo después, de media hora mirándola, de algún modo fruncí el ceño, lentamente, sin prisa, de cara a esa pared. Y, aunque esa pared siempre había estado allí, para los malos momentos y los no tan malos, corrí y la golpeé, con todas mis fuerzas, pensando que ella no tenía que estar allí, y yo no tenía la obligación ni el deseo de estarlo así que intenté destruirla con todas mis fuerzas. No podía romperla y me quedé ahí, con la espalda a la pared, me desplazé hasta sentarme en el suelo. Con la vista borrosa, pude ver la mochila, colgada en el pomo de la puerta. Cogí mi estuche, lleno de colores, y pinté en la pared, una puerta que no se abría, un sol que no brillaba, un payaso que no existía y que me hacía reír y ahí pude ver que todo aquello era el mundo para mí.

Volví de ese pasado, a ese trozo de pared en la oscuridad y recordé. Recordé como me sentí, sucio y enfermo, con algo pesado en mis espaldas que no podía soportar. No entendía qué pasaba y era la confusión la que me cegaba de seguir. Ese día lo vi, era yo quien tenía que salir de allí y destrozar los muros que me habían puesto. Claro que no fue hasta más tarde que me di cuenta.

Me daba cuenta, ahora también, que de repente habían aparecido más paredes azules y que ahora me encerraban. Tampoco entiendo muy bien lo que estaba pasando. Pero me encerraban poco a poco, quiero decir, que aquel espacio se hacía más pequeño conforme el tiempo pasaba. Las paredes se movían y se acercaban, poco a poco. De repente me di cuenta de que no podría escapar de allí y aquel niño, confundido e inseguro volvió. Recordé que todo aquello no podía ser realidad, era demasiado extraño para poder ser normal pero no podía controlar la situación así que mi rabia salió, con toda la fuerza contenida durante años. No podía controlar lo que pensaba, ni siquiera podía controlarme a mí mismo. ¿Y ahora qué hacer? Estaba solo y asustado, nervioso, entre cuatro

paredes que no dejaba de golpear que no hacían más que estremecerse acercándose, cada vez más, y la ansiedad subía, me invadía, se mezclaba con la rabia y no me dejaba pensar con claridad.

Sabía que todo aquello iba a acabar pero no de qué manera. No podía escapar de ahí y me provocaba un nerviosismo enfermizo que no podía soportar. ¡Yo quería escapar de allí! Realmente no quería recordar todo lo que me había hecho daño pero había algo, en mi mente, en mis manos acariciando los muros, que sacaba todo lo malo que tenía dentro y no sabía cómo parar. Y yo estaba en ese espacio, ese cubículo de azul rugoso, tropezaba con las paredes sin saber qué hacer ni cómo salir, solo sabía que no quería estar ahí.

A medida que el espacio se hacía más pequeño, apareció mi antigua mochila de la nada y probé a dibujar una puerta, otra que tampoco abría, y supe que yo no podía crear mi propio mundo, tenía que vivir en este, en el que me había tocado, donde las paredes te encerraban hasta reducirte a nada, a cenizas, destrozando tu esperanza; donde el destino se perdía en el sitio donde todas las cosas perdidas se encuentran, donde quedan los recuerdos que se olvidan.

Siempre he pensado que, para hacer arte, cualquier tipo de arte, uno tenía que morir. No morir físicamente pero tenía que sentirse roto, solo, miserable, enfermizo, deseoso de escapar del mundo, enfadado y completamente furioso pero también tristemente hundido. Sabía que aquello no podía acabar de ninguna manera bien. Pero también sabía que, si moría, dejaría detrás de mí el arte más bello retratando la época en la que las cosas no funcionaban, como ahora, y pensé, con una sonrisa triunfal en mis labios, que aunque fuera un héroe invisible, aunque ese arte no lo viera nadie, podría ser mi propio héroe mientras mi mundo se venía abajo y las paredes se estrechaban hasta hacerme reventar.

Magenta

Como si de una bomba se tratase, noté que mi ser explotaba e impregnaba de manera ansiosa las paredes de mi alrededor de manera que retrataba un paisaje que yo recordaba. Pese a eso, esta vez lo volvía a presenciar, como espectador y ya no como protagonista del hecho. En realidad, sentía que de forma extraña todo mi ser actual impregnaba aquel cielo, casi una obra de arte, de forma apesadumbrada, casi molesta por tener que formar parte de ello. Aquel atardecer recordaba lento, aburrido, tanto que no acabo de recordar lo que hice, la noche pasó volando y fue memorable.

Un color violeta, casi enfermizo, surcaba el cielo manchado de naranja brillante, casi radiactivo, y delineaba con suavidad las nubes. Quizás esos colores dejaban entrever el final de todo aquello que, a base de apuestas equivocadas, yo nunca supe ver. Así, al salir adormecido de donde quiera que estuviera, los colores del atardecer me retaron y empujaron a hacer lo que nunca debí.

De hecho, todo venía de cierto cosquilleo. El origen era incierto pero ya antiguo: meses antes había notado que cada vez que le veía subía cierto cosquilleo de emoción por mi cuerpo. De hecho, era una emoción tan pueril, parecida a la inocencia de esos tiempos en los que los niños aún estaban expectantes por la Navidad. Cada vez que se acercaba, la felicidad recorría mi cuerpo y los latidos de mi corazón se desbordaban.

Recuerdo también aquellos ojos oscuros, tan oscuros como mi alma, y los sentía dentro de los míos ya no de forma maliciosa pero curiosa. Realmente pensé que sentía lo mismo. Quizás fueron sus ojos, o esa pequeña sonrisa, esa delicadeza y a la vez brusquedad con la que se movía, parecía como un experimentado piloto que surcaba hábilmente los cielos. Y no era casualidad que su tacto erizara mis cabellos hasta notar en los brazos un frío que recorría ese ejército de rallas invisibles levantándose de la tumba de mi piel. No lo había notado porque lo veía cada día, intercambiábamos sudaderas, juegos y hasta pensamientos.

Hay gente que dice que las personas somos un arma de doble filo. Supongo que él también lo era, o yo hacía que él lo fuese. Porque igual que una persona te quiere, también puede hacerte daño. Bueno, en realidad, para mí es la viva imagen de la contradicción: pude ver en tu cara una amplia, amable sonrisa mientras que bajo tu mirada se escondía una expresión dura, fría que escondía algo oscuro y sórdido. Esa mirada me provoca, a la vez, una sensación de rencor preventivo (contra algo que está a punto de suceder pero que no lo ha hecho) un dolor melancólico (casi delicioso, por todo lo que pudo ser pero no fue) y un odio soñoliento o, más bien enamorado (de un quiero y no puedo, obligado a existir por el amor propio que me tengo).

Y toda esa mezcla de sensaciones explotó un buen día. Mi resistencia, digamos, se había acabado hasta ese punto y decidí beber para ahogar mis pensamientos con una panda de compañeras de instituto que me lo ofrecieron. Me embriagué con esa especie de aura que tienen las noches especiales así que cierta felicidad festiva y contagiosa trepó por mi cuerpo infundiéndome tal cantidad de valentía que me embriagó hasta cegarme los sentidos.

Así, cogí mi valentía y, cargada con ella a las espaldas y a lomos de la antigua furgoneta de mi padre, conduje hasta casa de mi amigo, gritando de alegría y con la música altísima.

Sin parar del todo el coche y sin salir de él empecé a gritar. Con un pie fuera de la furgoneta, al grito, eso sí, de “¡Mario te quiero!”, recuperé un momento el juicio y un pensamiento me asaltó la cabeza. En mi interior, sabía que me estaba equivocando. Había algo que me decía que no debía hacerlo. El sentido común, dirá, sí pero quizás lo perdí ya mucho tiempo atrás.

El caso es que salí de la furgoneta, corriendo, camino arriba hacia la puerta de su casa y la aporreé con todas mis fuerzas hasta que su madre, preocupada, confusa y en pijama, me abrió la puerta.

—¿Mario?, ¿está Mario?

—Sí, pero...

No acabó la réplica porque de un empujón la aparté y volé escaleras arriba, como había hecho días y días de diaria costumbre, hacia la tercera habitación girando a la derecha nada más subir las escaleras.

—¿Qué...? Espera. ¿Qué haces aquí?

—Yo tengo que decírtelo aquí. No te enfades, vale, pero es que...

Su cara, realmente, era de divertida curiosidad. ¿Qué habría hecho que se levantara y viniera corriendo a las tres de la noche?

Mis ojos recorrieron su cara. Sus facciones sonrientes, sus mejillas al alza. Sabía que me estaba metiendo en un enredo del que no podría salir y en ese momento fui lo más consciente que había y habré sido. Del mismo modo, me fundí en aquellos labios sonrientes y juguetones, de color rosa cálido, rozando el magenta hasta marearme y confundirme, inhibirme. Ahora o nunca. Ahora y nunca más.

Con un gesto casi violento pegué mis labios a los suyos, dos nubes magenta que se entrelazaron. Un momento de susto precedió a una sensación de duda y, aunque un calor enfermizo me escaló desde los pies, el beso no sabía a amor sino a amargura, una rara mezcla de preocupación y compasión.

Cuando nos separamos, mis ojos no pudieron separarse de sus labios, sedientos, mientras se alejaba y me miraba con una inesperada comprensión en los ojos. No hubo palabras, solo suspiros y susurros, un “lo siento” falso y herido.

Yo solo podía recordar la vuelta, bajo ese cielo morado, con lágrimas recorriéndome los ojos y una vaga sonrisa, después de haberme sentido más vivo que nunca.

Ahora, ver aquella escena, mi esencia empapando el cielo, me despertaba cierta pena y melancolía, algo de dolor, que me hizo recogerme hasta volver a resumirme en mi cuerpo, con el que huí después hacia el resplandor del amanecer reflejado en las lágrimas que recorrían la cara de mi antiguo yo, en mi propio recuerdo.

Retorno

Otra vez, volví a la misma sala blanca, impoluta, repulsivamente radiante. El ambiente esta vez era frío, intensamente frío y me hizo sentir pequeño. A medida que me aproximaba, me sentía incómodo a la vez que un cosquilleo recorría mi cuerpo intentando despertar. Sabía que había algo que no era real, me confundía. Quería distinguir algo, saber la verdad pero la realidad se resistía

ante mí y lograba confundirme.

De esta manera, volví a aquella habitación, pero algo, como he dicho, había cambiado. En medio de ella pude ver que había una pequeña mancha de sombras, quizás tres o cuatro, a las que rodeaban una serie de lienzos en blanco, uno delante de cada persona, impacientes por ser pintados. Me acerqué allí y estaban todos, papá, mamá y Mario sentados formando un círculo, espalda con espalda, atados entre ellos.

Todos parecían víctimas. Me suplicaban con la mirada, como si yo fuera a matarlos y me seguían con ella, temblando. Además, las figuras parecían como si se deshicieran. Me agaché al lado de mi madre para desatarle de las ataduras que la mantenían unida a los demás. Cuando así hice, mis manos acabaron manchadas de un líquido espeso de color carne. Levanté la cabeza y otro líquido rojo, cremoso y caliente contagiaba el otro claro, dejando una mezcla pringosa. Mientras parecía derretirse, mi madre tenía los ojos abiertos de par a par, con la mirada perdida enfocada en el lienzo. Miré sus ojos y me condujeron hasta la tela blanca. Me daba cuenta de que, a medida que ellos se iban deshaciendo, los lienzos se iban llenando de trazos que yo mismo alguna vez había hecho, sueltos, rápidos, a ritmo de mi rabia y mi impotencia.

Caí de rodillas, cabizbajo. Todo lo que había significado algo en mi vida se deshacía ante mis ojos, en mis manos. La sensación de que mi vida se derrumbaba siempre había sido constante. Todo lo que he perdido jamás estaba allí pintado, danzando en los lienzos, inmortalizado irónicamente: siempre tendré allí lo que ya no tengo. Y debajo de todas esas capas de pintura, sentimientos encontrados, de dolor y a la vez de recuerdos, dulces y no tanto, de errores y caídas que marcaron mi vida. Un sabor agridulce inundaba mi boca cuando los veía y cierta melancolía me llenaba, sin yo querer, cegándome y haciéndome querer volver.

Quizás aquella sensación me alejara del mundo más de lo que ya estaba. La soledad que resumaban esas pérdidas me cohibía y me confundía, me desplazaba de la realidad y hacía que me centrara más en los cuadros, que conseguían transportarme a aquellas vivencias, buenas o malas pero de tiempos diferentes, no mejores sino distintos. Recuerdo que la furia me había llevado alguna vez a quedarme delante de los cuadros, con mirada en ellos. Después, un impulso me llevó a quererlos quemar, romperlos porque nada de eso volvería y pintar no lo cambiaría, que aquello no haría nada y lo que la vida se lleva no te lo devuelve...

Y tanta rabia para nada. Me quedé allí plantado, con el puño cerrado, ahora de pie, mirándolos. No me di cuenta de que mis manos ya no estaban húmedas de pintura de ellos, sino que noté que una mano tocaba mi hombro.

—¿Perdone?

—¿Eh? ¿Puede... repetirme la pregunta, por favor?

—Sí. ¿En qué se ha inspirado para pintar estos cuadros?

—Bueno, no sabría qué decirle. Es una larga historia pero intentaré explicárselo. Eran, sobre las tres de la mañana cuando me desperté en plena oscuridad...—todos los argumentos anteriores pasaron por mi cabeza, corriendo, veloces y renuncié a todos ellos.

Ya, en la realidad, pude ver los cuadros alineados en la blanca pared, uno tras de otro, y un montón de gente que me rodeaba. Uno de ellos eran un cámara y el hombre que me preguntaba, micrófono en mano, sobre mi exposición. Estábamos delante de uno de ellos, *Luz*, en el que la silueta de mi madre se dibujaba. ¿Que en qué me he inspirado? En todos estos recuerdos, creo.

Al mirar hacia mi lado derecho, casi pude ver delante de su cuadro, aquel joven del que me había enamorado, embobado, sonriendo frente a *Magenta*. Me giré hacia la oscura cámara y el recuerdo emborronado de esos ojos oscuros que me veían ya en el fracaso, la voz de mi padre resonó en mi cabeza otra vez.

—Mire, si le soy sincero, no sabría qué decirle. Supongo que son recuerdos pero quizás sean imaginaciones mías. No lo sé...

Una pequeña sonrisa ladeada e irónica apareció en mi rostro. Por un momento, creí volver a ser aquel niño que crecía y por una vez todos a los que yo quería continuaban a mi lado. Quizás sean fantasías mías pero pensé que toda aquella gente aún vivía y que aquello no era un sueño. Era real. Quizás fuera un juego de luces y sombras que me confundía, no quería dejar mi pasado ni encararme hacia el futuro. Todas aquellas personas continuaban vivas y seguirían viviendo, en mi cabeza, en mi memoria.

Un gusto triunfal inundó mi boca. Aquello no era lo que quería pero era lo que tenía. Y ya no había forma de volver atrás, así que con cierta victoriosa resignación tan característica de aquellos que aceptan la vida tal y como viene. Me decidí a seguir hacia delante. Así, me había despertado, en un presente incierto con esa cosquilleante emoción infantil de quien ve la vida con nuevos ojos después de volver a nacer y dejar de ser él mismo.

Paula Martínez
(Institut Les Vinyes)



UNA ÚLTIMA VOLUNTAD⁴

Hacia una florida mañana de abril el día que Roberto resolvió quitarse la vida. La idea le sobrevino mientras se afeitaba, tan súbita e inesperada que, incapaz de contener su sorpresa, se hizo un corte en la barbilla. De la herida pronto comenzó a brotar la sangre más densa y oscura que Roberto había visto jamás. Abstraído en la contemplación del corte, tardó unos instantes en reaccionar, tapándose con un pedacito de papel higiénico. Los meandros rojos dibujados sobre el mármol se disolvieron bajo el frío chorro del grifo, arrastrados hacia las entrañas del edificio. Con la habitual taza de café matinal entre las manos, Roberto reflexionó acerca de los motivos por los que le había asaltado semejante pensamiento: quizá había sido el zumbido de la ciudad en la letanía, o tal vez aquella mañana la luz tenía un cariz especialmente fantasmagórico. Lo cierto es que lo ignoraba, pero se veía incapaz de cuestionar una idea que juzgaba tan clara y distinta. Con toda la jornada por delante, comenzó a hacer los preparativos. Si acababa pronto, no tendría que hacer la comida. “Lo primero”, pensó Roberto, “es dejar una nota”. Cogió papel y bolígrafo, y los dispuso sobre la mesa del estudio, frente a la cual se sentó. Ante todo, quería dejar claro que aquella era una decisión que había emprendido por sí solo, y nadie debía sentirse responsable de lo sucedido. No obstante, había que hacerlo con cierta sensibilidad: si bien era cierto que su resolución era puramente personal, también lo era que no era el único al que le concernía. Pensó en los rostros afligidos de su familia al enterarse de la noticia. No quería resultar antipático. Finalmente, tras mucho meditar, se inclinó por un “No se culpe a nadie” de resonancias literarias.

“Tendré que decidir cómo voy a hacerlo”, se percató Roberto, demostrando que la planificación era una de los muchos dones que había heredado de su madre. Barajó diversas opciones, a cada cual más improbable: tenía vértigo, por lo que no podía lanzarse por la ventana – además, solo pensar que podía sobrevivir a la caída lo aterrorizaba –; también tenía fobia a los objetos afilados, los cuchillos ni tocarlos; y conseguir un arma era un asunto aparatoso que le llevaría por lo menos varios días, cuando lo que él quería era hacerlo cuanto antes posible. Tras comprobar que no quedaba suficiente cuerda como para hacer una soga en condiciones, se dirigió a la cocina y se quedó un rato escudriñando el horno. Se decía que la intoxicación era una muerte lenta pero indolora, como quedarse dormido. Aquella idea satisfacía a Roberto. Quiso disponer de una lectura para entretenerse mientras esperaba que el método hiciese efecto. Roberto no era una persona de dejar una buena historia a medias, y no iba a comenzar a serlo ahora. Aunque desconocía

4 Relat finalista a la tercera convocatòria del concurs De 14 a 20 (curs 2015-2016).

cuánto tiempo podía tardar en morir, buscó una lectura en su estantería que se ajustase a sus expectativas.

Bajo aquellas circunstancias, El demonio de la perversidad, de Edgar Allan Poe, le resultó apropiada. Así pues, una vez todo estuvo dispuesto, abrió la puerta, introdujo la cabeza dentro del horno, encendió la luz del mismo para poder leer sin necesidad de forzar la vista y lo puso en marcha. Esperó, mas no oyó nada. Tampoco sintió el olor del gas. Tras un instante de quietud, cayó en la cuenta de lo sucedido. Devolvió el libro a la estantería, maldiciendo silenciosamente a la compañía del gas por haberse decidido a cumplir sus persistentes amenazas justo aquella mañana.

El instinto de perseverar es ampliamente considerado como el más básico y primitivo de los seres humanos. Se han escrito libros y libros acerca de seres humanos que, al verse en situaciones extremas, han luchado contra toda inclemencia en su camino por seguir con vida. El caso de Roberto es una de las excepciones que confirma la regla. Nuestro protagonista, sentado cabizbajo ante la ventana, comenzaba a resignarse ante los inequívocos mensajes que quién-sabe-nadie parecía estarle mandado. Por las calles ya transitaban algunas familias, que habían salido para dar un paseo antes de comer. Se le acababa el tiempo. Y fue en ese preciso instante, apenas una fracción de segundo antes de que tirase la toalla, cuando sucedió el milagro: Roberto comenzaba su personal lucha por la no-perseverancia. En el rellano, al poco de entrar, se encontró con una antigua vecina. Se mostró todo lo convincente que pudo mientras fingía haber ido allí para recoger alguna de sus pertenencias. A pesar de todo, ella aún le miraba con desconfianza. El carácter más bien neurótico de Roberto había despertado enemistades allí donde él fuese. Aquel bloque de pisos no era una excepción. La junta de vecinos por poco organiza una fiesta al enterarse de que abandonaba el apartamento. Introdujo lentamente su copia de la llave, preguntándose si Anaïs habría cambiado la cerradura. Si era así, todo habría resultado en vano. Con toda probabilidad, a Roberto no se le presentaría una sola oportunidad más de cumplir su deseo y tendría que volver a casa con las manos vacías. Por eso respiró aliviado cuando comprobó que encajaba perfectamente. Al abrir, vio que la llave no estaba echada, algo impropio de Anaïs, una paranoica confirmada. La casa estaba sumida en la oscuridad, apenas unos rayos de luz filtrándose por los intersticios de las persianas cerradas. Se abrió paso por el lugar empuñando su móvil a modo de linterna. Comenzó a registrar el lugar intentando hacer el mínimo ruido posible. Decidió buscar primero en el baño por considerarlo el lugar idóneo, pero no encontró nada más que pastillas anticonceptivas. Entró después en la cocina, donde un desagradable olor le invadió. Había comida por todas partes excepto en la nevera. Se cercioró de que no estuviese tampoco allí y abandonó el lugar lo antes que pudo. Solo quedaba registrar la habitación. No podía arriesgarse a hacerlo si Anaïs estaba allí, durmiendo todavía. Se dirigió lentamente, atravesando el frío y lóbrego pasillo que mediaba entre él y el dormitorio. A lado

y lado se extendía un panorama fotográfico. Ya no quedaba ninguna imagen de los dos juntos, tan solo instantáneas de rostros desconocidos que le devolvían la mirada con hostil indiferencia. Al transitar por aquellas álgidas tinieblas, se vio asediado por un sinfín de recuerdos difusos e inaprensibles, que le acechaban desde las paredes como en un laberinto de espejos. Le vinieron a la memoria tiempos pasados, más felices, en los que todo parecía ser mucho más sencillo e inocuo. Roberto añoraba aquel estilo de vida más desenfadado; añoraba a Anaïs, a pesar de sus muchos defectos. La añoraba especialmente por sus defectos. Aún rememoraba con cariño el hedor de su intoxicado aliento o las noches desvelado a causa de sus ronquidos. Son cosas que nunca se olvidan. Los ronquidos —o más bien, su notoria ausencia— fueron el indicador de que podía entrar en el dormitorio sin temor a encontrarse con la bella durmiente.

Encontró aquello que buscaba en el cajón de la mesita de noche. Todo parecía comenzar a marchar bien. Al cogerlo para ocultarlo en los bolsillos de su sudadera, se percató de algo que le llamó la atención: en el cajón, entre un océano de papeles arrugados, había un cómic. Sosteniéndolo con delicadeza, lo abrió por la primera página. Allí, una inscripción escrita con tinta azul rezaba: “Para Anaïs, por ser capaz de soportarme”. De nuevo, estaba varado en un oscuro laberinto de espejos. Comenzó a ojear aquellas páginas tan estridentemente coloreadas en busca de superhéroes y supervillanos, de rayos letales y planetas bajo peligros cósmicos, de damas en apuros y vertiginosas batallas entre el bien y el mal.

Ella le sorprendió en cuclillas, leyendo vete-tú-a-saber-qué en plena oscuridad. Tras emitir un sonoro chillido que puso los pelos de punta a Roberto, salió corriendo en dirección a la puerta. Roberto aprovechó la confusión para guardarse lo que había venido a buscar en el bolsillo. Aún recuperando el equilibrio tras incorporarse, la siguió todo lo rápido que pudo, a través de toda la casa. Salió por la puerta y se detuvo en el descansillo con el corazón latiéndole furiosamente en el pecho. Allí estaba ella, vestida con ropa de pijama y despeinada, dirigiéndole una mirada llena de pavor y nerviosismo. Los años de convivencia informaron a Roberto de todo lo que necesitaba saber: al despertar, arrepentida de lo sucedido aquella víspera, había constatado con profundo desagrado que no quedaba ni café ni tabaco. Ahora volvía de comprarlos, tras una perentoria fuga en la que tan siquiera había reparado en su desastroso atuendo. Una Anaïs al borde de la histeria le dijo que, si no se largaba de allí, iba a comenzar a gritar con todas sus fuerzas. Aunque él no se había recuperado ni del susto ni de la posterior carrera, trastrabilló algo parecido a una explicación, solo para recibir un estentóreo berrido a modo de respuesta.

Precipitándose escaleras abajo, Roberto abandonó el edificio a toda prisa. No quería verse involucrado en una reyerta con sus antiguos vecinos. Con los gritos de Anaïs aún reverberando a sus espaldas, comenzó a correr en dirección a los suburbios. El sol brillaba en su punto más alto y hacía

una mañana diáfana. Se quedó mirando las pastillas, que descansaban sobre su mano. Supo que lo había conseguido. Una sonrisa se dibujó en su rostro: por primera vez en mucho tiempo, era feliz. A apenas unos cien metros de allí, las olas rompían mansamente contra el malecón. Roberto podría haber disfrutado de aquel agradable paisaje sonoro si no hubiese tenido los oídos llenos de sangre. “A la mierda”, pensó, “cuando todo comenzaba a ir bien...”. Tumbado en el suelo, inmóvil, vio cómo del coche que tan salvajemente le había derribado se apeaba una figura enfundada en una chaqueta beige. Su silueta fue perfilándose, más nítida conforme se acercaba. Para cuando se puso en cuclillas a la vera de Roberto, este pudo ver un rostro vagamente conocido, entre las sombras. El misterioso hombre le devolvió la mirada con hostil indiferencia. “Así no volverás a molestarla”, musitó. Nuestro pobre protagonista, que no podía oír las olas romper, tampoco pudo oír aquella críptica sentencia de muerte. En vez de eso, en su último momento de lucidez, pensó en el cómic que había quedado en casa de Anaïs. Querría haberlo recuperado, pero no había podido ser: quedaría allí, constancia de su último acto de bondad. Rindiéndose ante las inesperadas circunstancias en que su voluntad había terminado por cumplirse, desfalleció sobre el pavimento, a la vista de los primeros curiosos. El bólido se alejó sin que nadie lo advirtiera entre un mar de paseantes, que volvían a sus casas. Era hora de comer.

Andreu Martínez Chaves
(Institut Can Peixauet)



Joaquín bajó rápidamente por la calle D'en Carabassa, pensativo, cabizbajo. Sentía angustia ¿lo estaban siguiendo? Hacía frío, era tarde, el sudor le humedecía la piel y hacía que la camisa se le pegase al cuerpo, aumentando así la sensación de helor. La calle estaba completamente vacía. Solo se escuchaban sus pasos.

Llegó a la Plaza de la Merced. Entró en la Basílica. Se santiguó. Todo estaba oscuro. Solo se iluminaba con un par de hachones la imagen sedente de la Patrona, que estaba presidiendo el templo desde una inmensa hornacina en la pared del altar mayor.

Una mezcla de olores le impactó, le penetró por las fosas nasales llegando hasta los rincones más ocultos de sus sentidos. El agobiante olor de la cera que desprendían las velas que ardían ante los retablos, el del incienso que quemaban los monaguillos durante las misas, el de la humedad de las piedras del templo, el de la sal del mar cercano, el de las flores frescas que depositaban devotamente las mujeres ante las imágenes esperando así un favor.

En la boca tenía un sabor amargo, incómodo, como si hubiese pegado un largo trago de cerveza o de café. La tenía completamente seca, los labios se le agrietaban, y por más que intentaba humedecerlos, no podía.

Joaquín entabló un paso más rápido por el pasillo central de la Basílica, el eco de sus pasos marcaba el ritmo de su corazón cada vez más acelerado.

Llegó y cayó delante del retablo de la imponente Imagen. La talla gótica tenía una ligera sonrisa esbozada en su rostro, transmitía felicidad, alegría, esperanza.

Suspiró.

El sudor cada vez humedecía más su ropa, e incrementaba el frío en el cuerpo.

Empezó a susurrar una oración. Tenía miedo.

Un desagradable chirrido rompió el silencio. Alguien abrió la puerta. Se escucharon pasos, eran tres personas. Nadie hablaba. Los pasos cada vez estaban más cerca, su corazón se contraía y se dilataba vertiginosamente. Se oía un choque de metal a la vez que el ruido de las suelas de goma de los zapatos. Esos sonidos se mezclaban con el susurro de la oración que rezaba Joaquín.

—*Agnus dei, qui tollis peccata mundi*—susurró.

Cada vez más cerca. Epistaxis. La sangre brotó en sus fosas nasales, y goteó manchando

5 Relat recomanat per a la seva publicació pel jurat de la tercera convocatòria del concurs De 14 a 20.

parte de su camisa blanca, su boca y barbilla.

—*Miserere nobis*—angustia, estrés, sudor, sangre.

—*Agnus dei, qui tollis peccata mundi*.- Más cerca, cada vez más cerca. Pulmones contraídos. Hemoptisis, fallo respiratorio.

—*Miserere nobis*—. Los vasos sanguíneos se dilataban y contraían hasta el punto de romperse, hemorragias en la epidermis. Hematidrosis

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*—. Tos. Espujo hemoptoico.

Sintió el frío metal del cañón de una pistola en la sien. Cerró los ojos.

—*Done nobis pacem*.

—¿Tú crees que hacemos bien? No me siento seguro tal y como están las cosas.

—De momento no hay peligro, Joaquín. ¿No ves que las tropas están lejos de aquí? Nunca llegarán, y si llegan, lucharemos.

—Ya, pero...

—¿¡Pero qué!?

—¡No me chilles, Carlos!

—Lo siento... te quiero...

—Ay... y yo también, cariño. Pero no puedo dormir tranquilo pensando en todo lo malo que nos puede pasar... Imagínate que una noche, mientras dormimos, entran los tanques, empiezan a bombardear... ¿qué hacemos?

—¿Qué quieres que hagamos? Pues escapar, ¡o gritar al mundo nuestro amor!

—Eso es imposible, si lo decimos nos matarán. Además ¿quién va a defender a dos maricas?

—Pues entonces escaparemos. Iremos a América o Francia, allí seguro que no pasa nada. Imagínate, Joaquín, los dos viviendo en una casa, con un perro y un jardín... venga, imagínatelo, ¿no sería bonito?

—Claro que sí... pero, joder, esta inquietud me puede.

—Venga, vamos a dormir ya, que es tarde.

—Ay, Carlos, no quiero separarme nunca de ti. Te quiero. Ni la guerra, ni el hambre, ni la riqueza, ni la pobreza, ni Franco me van a separar de ti. Por cierto, ¿te imaginas tú y yo casándonos en la Basílica de la Patrona? ¿Por qué no podemos? ¿Acaso lo nuestro no es amor? ¿No somos personas?

—Sí... pero bueno, la vida es así... tendremos que seguir en... secreto. Venga, abrázame y a dormir.

—Dame un besito de buenas noches, anda.

—Los besos no se piden. Se roban.

—¿Joaquín, qué te pongo?

—Cachondo Alberto, cachondo. Ja, ja, ja.

—¡Venga hombre! ¡Siempre igual! Ja, ja, ja.

—No, ahora en serio, ponme un quinto y un bocadillo de esos que haces tú, así con su lomito, su queso, sus pimientos...

—¡No veas, si que traes hambre! ¿Es que Carlos no te da de comer? Ja, ja, ja, tú me entiendes...

—Bueno, de vez en cuando... ¡ayer por la noche por ejemplo! Ja, ja, ja. Pero mejor dejemos el tema, que las paredes oyen.

—Tontorrón, no pasa nada, si no hay nadie en el bar y además, las tropas de Franco por lo que dicen están lejos, entre el Ebro y el Llobregat. Venga, que nos conocemos desde que éramos dos renacuajos, ¿cómo te va con Carlos?

—Bueno... va bien. Quiere que nos vayamos a América o Francia si nos invadan los nacionales...

—¿A Francia? ¡Allí tengo yo familia!

—¿Sí? ¿Y qué tal les va la cosa?

—La verdad es que les va todo bien, pero... ¿tú cómo llevas el francés? Ja, ja, ja.

—Bueno... ahí va, es complicado, pero poco a poco se aprende. Es cuestión de ponerse e intentarlo. Muchas veces nos ponemos Carlos y yo a practicar y bueno... la verdad es que nos defendemos bastante bien.

—Pero... ¿A quién se le da mejor, a él o a ti?

—Él sabe más, tú ya sabes... tiene más uso de la lengua.

—Pero tío, ¡si es muy fácil! Le puedo decir a mi mujer que te de algunos consejos... si quieres.

—¡Ah! ¿Ella sabe francés?

—¡Claro! A ella se le da muy bien. Me gusta como lo hace.

—¿Cómo hace el qué?

—El francés...

—Pero si el francés se habla, ¡no se hace!

—Joder, tío...

—¿Qué pasa?

—Nada... déjalo... inocente criatura...

—Bueno... ¡déjate de tanto francés y hazme el bocadillo!

—¿No prefieres un francés? Ja, ja, ja.

—¡No! ¡Quiero un bo-ca-di-llo de lomo y queso, no uno francés!

—Anda... ya veo que no te enteras... siéntate y ahora te lo traigo.

—¿Cómo es que no hay gente? —preguntó Joaquín.

—La verdad es que desde que las tropas se están acercando cada vez viene menos gente, miedo me da. Apenas me sale rentable mantener abierto el local.

—Escucha la radio, ¿qué es eso? ¡El Himno!

—«*Hace poco menos de una hora el segundo regimiento de la 105 División del Cuerpo de Ejército marroquí que manda el general Yagüe ha entrado en Barcelona. Los soldados de Franco han entrado en Barcelona como lo que son, como caballeros, con los brazos abiertos y reflejando en sus rostros la emoción de su victoria...*».

—¡Ya están aquí! —exclamó Joaquín

—Tú sabes que están aquí desde hace tiempo aunque no se les vea.

—«*Todas las propagandas que hasta hoy se habían hecho han caído ante la verdad del Caudillo. Uno de los primeros soldados que entraron en Barcelona, José García Juncal, dirigió a sus familiares un saludo desde este micrófono de E.A.J.-15 Radio Asociación*»

—¡Alberto! ¿Qué hago? Como me pillen verás... ¡Me van a matar! ¡Me pueden hacer cualquier perrería! ¡Me pueden...

—¡Calla! No te va a pasar nada.

—Madre mía, ahora hay que andar con cuidado. Cualquier gesto, cualquier cosa que les haga sospechar, y al paredón. Me voy, lo siento, te pago en otro momento, voy para casa corriendo, necesito saber si está bien Carlos.

—¡Carlos! ¡Las tropas han entrado en Barcelona!

—Sí, lo he escuchado por la radio, y acaban de pasar unas mujeres corriendo y cantando el “Isabel y Fernando”.

—¿Qué hacemos ahora?

—Oye, la verdad es que la canción es pegadiza... *en pie, camaradas, y siempre adelante cantemos el himno de la juventud el himno que canta la España, tirotrori...*

—¡Carlos, deja ya la puta canción y hazme caso! ¿Qué coño hacemos ahora?

—Deberíamos salir corriendo hacia Francia lo más pronto posible, y luego allí ya miraríamos si nos marchamos hacia América o nos quedamos...

—Yo bajo a comprar provisiones y tú haces las maletas. Salimos esta misma noche. ¿Te parece

bien?

—Vale, vamos, ¡deprisa!

—Por cierto Carlos, ¿tú sabes qué es un “francés”?

—Claro. Un idioma. ¿Por qué?

—Es que he estado con Alberto... y me preguntó si prefería un bocadillo de lomo o un francés...

—Ah, puede que no se refiriera al idioma sino a algún tipo de bocadillo.

—Ya... también me dijo que su mujer lo hacía muy bien, y le gustaba como se lo hacía, que si quería me daba unos consejos... yo supongo que será un plato típico de Francia o algo...

—Joder, Joaquín... creo que sé por dónde va, y no se refiere a ningún tipo de comida...

—¿Entonces? ¿Qué es?

—Ay Dios mío... pareces un niño chico...

—¡Cuéntamelo! ¿¡Qué quiere decir!?

—Nada... esta noche te lo explico, y si quieres te hago una demostración... ja, ja, ja.

—Vaya tela... qué coraje me da parecer tonto. Bueno, voy a comprar, ¡ahora vuelvo! ¡Te quiero, Carlos! ¡Cuándo salgamos de aquí seremos libres!

—Libres, sin miedo. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo.

¿Dónde se habrá metido? ¿Se habrá ido sin mí? La puerta estaba abierta...

Estará despidiéndose de Ángela, ella es tan buena... ¡Uy! Pero si no están hechas las maletas, se ha ido sin acabarlas de hacer. Podría haber acabado de hacerlas y luego íbamos los dos a despedirnos... ahora tengo que hacerlas yo. ¡Este chico es de lo que no hay! Pero no puedo quejarme, me trata genial, llevamos ya cinco años juntos y todo es como el primer día... eso creo yo que será buena señal... Aunque las cosas no sean como nos gustaría que fuesen... esta sociedad en la que vivimos... ¿por qué es tan injusta y tan mala con la misma sociedad? ¿por qué nos discriminan? ¿por qué llegan a matarnos? La verdad es que no lo entiendo.

Somos personas, y como personas tenemos derechos. Da igual la orientación sexual, política o religiosa que se tenga, tanto homosexuales como heterosexuales tenemos un cerebro, dos pulmones, un páncreas, veinte dedos, veinte uñas y... y un corazón, sin embargo es mucha la gente a la que parece faltarle éste órgano. Esa gente que no tiene corazón... a esos sí que habría que matarlos ¡y no a nosotros! Esas personas sin corazón que son malas para la sociedad, corrompen a las personas, se aprovechan de los más débiles, no hacen otra cosa que insultarse entre ellos, pelearse y burlarse del resto... Los que piensan sólo para ellos mismos y no les importa el resto de gente, los

que no ven más allá de un simple saco de carne, sangre y huesos a lo que llaman cuerpo, los que maltratan a sus familiares, sobre todo a sus mujeres o hijas... esos, esos podrían ir al paredón... ¡menudos cobardes!

Claro está que a la gente le molesta más que un hombre se acueste con otro hombre, o que una mujer se acueste con otra mujer, que no que un padre tire de los pelos a su hija o pegue con un palo a su esposa...

Y luego somos nosotros los que tenemos no tenemos derecho a vivir, y si vivimos que sea con el miedo a que nos tiren piedras o nos escupan por la calle... suerte que lo nuestro sólo lo saben Ángela y Alberto. Siempre he podido confiar en ellos.

Pero si nuestra vida como pareja iba bien, imagínate ahora cuando llegemos a Francia. Aunque el norte de Francia no es muy seguro, los nazis están cerca, y esos bichos sí que no se andan con tonterías... bueno, una vez allí ya veremos que hacemos, yo creo que será mejor irnos a América... además allí hablan español, y sería más fácil comunicarnos con la gente... Pero, bueno, habrá que esperar... voy a seguir haciendo las maletas. ¡Cómo esté con Ángela, se entera! Que he tenido que comprar y hacer las maletas yo.

—¿Quién e?

—Soy yo, Joaquín. Ábreme, Ángela.

—Joaquín, *miarma*, ¡gracias a Dios *questás* bien!

—Ángela, ¿qué ha pasado, dónde está Carlos?

—Joaquín, ha sido el *apollardao* del hombre aquel que tiene un bar en la calle San Severo.

—¿Alberto?

—Sí, ese. Hace *ná* ha estado aquí con dos tipejos raros y he *escuchao* una *pechá* de ruido y *chillíos* en tu piso, me asomé al rellano y los vi.

—¡No puede ser, Ángela!

—Y *dispués*, desde la ventana, vi como cerraban la puerta de un furgón y el *papafrita* y los hombres esos, que yo supongo que serán guardias, se iban andando calle abajo, mientras que el furgón arrancó y tiró por *lotra* calle. Pensaba, *miarma*, que tú también irías en ese furgón.

—¡Pero no puede ser! Si estábamos a punto de irnos a Francia, ¡Ángela! ¿Ahora qué hago? ¿Qué hago yo sólo, Ángela? ¡Me cago en el asqueroso chivato ese! No sé por qué cojones le tuve que contar nada.

—Lo siento muchísimo, *xiquillo*. Me siento *mu'* inútil por no *haberle* podido parar los pies, pero una *yastá* vieja y me duele una *jartá* la espalda...

—No sientas nada, Ángela, no es tu culpa, es mía por confiar en el mismo demonio. Pero...

¿y si el siguiente soy yo?

—¡No digas eso, *xiquillo!* Tú sabes que siempre estarán las puertas de esta casa abiertas para ti.

—Muchísimas gracias, Ángela, muchísimas gracias de todo corazón. Pero ahora... necesito pensar. Necesito estar en paz.

—¿*Ande* vas a ir?

—A la Basílica de la Merced.

Oriol Fernández Rodríguez

(Institut Can Peixauet)



SOBRE EL FUNCIONAMIENTO DEL TODO⁶

1. DE LOS SERES CONSCIENTES Y LA OBRA DE TURANDUR

El Universo estaba compuesto en su totalidad por divisiones del Todo, una conciencia que un día pensó y materializó su pensamiento: dotar a seres de vida con la intención de difundir un mensaje de amor. De su Pensamiento surgieron elementos conscientes llamados Mayores o Seres Mayores, unos seres que velaban por el mantenimiento de la vida en el Universo y eran encargados de mantener el amor en él. Los Mayores tenían conciencia parcial de los grandes fundamentos del por qué de la creación, ya que solo la unión de todos los elementos que forman el Universo pueden constituir el Todo y solo este tiene todas las respuestas. A pesar de eso, eran seres de gran sabiduría y tenían jurisdicción sobre los demás seres del Universo. De entre estos Mayores se distinguían los Padres, las figuras mayores de conciencia habidas en el Universo y encargados de gobernar sobre él, y los Hijos, descendientes de los Padres, de menor conciencia y dedicados a gobernar en los planetas de las galaxias. De entre los Mayores destacaba Torkiel, el más grande de los Padres, conocido entre todos los Mayores por la obra más poderosa de amor que haya tenido lugar entre los conscientes, concebir a dos hijos con una sola voz. Era tal el deseo de Torkiel por concebir Hijos que su amor no le impidió concebir dos seres, cosa que no se había llegado a plantear jamás. No obstante, estos fueron enterrados bajo una sola voz, como dictan las leyes de los Mayores. Esto fue conocido por Miihr, que como Padre no tuvo el amor suficiente como para copiar a su igual, y por ello Torkiel es el mayor de los Padres, y desde entonces Miihr no ama y fue eliminado del plano por los Mayores, dado que un Padre que no ama es un peligro para la difusión del mensaje de amor. A su hijo Turandur, que yerra en Júpiter, aún le perturban los pensamientos oscuros de su Padre, solo conocidos por él. Turandur recibió la noticia de la expulsión de su Padre con gran tristeza, aunque supo canalizar su fuerza en pensamientos malignos, que dieron lugar a la bola de gases tóxicos en la que reina. Inferiores a los Mayores se hallaban los Menores o Seres Menores, unidades menores del Pensamiento del Todo, que no son conscientes del mensaje de amor que difundió el Todo en su creación, pero que llevan inherentes las facultades para llevar a cabo una vida libre y con desconocimiento de los propósitos mayores. Los Menores habitan en pequeños mundos de los cuales los Hijos son guardianes.

Tor y Kiel eran los hijos de Torkiel, los primeros Hijos en ser dos seres y materializar su

⁶ Relat recomanat per a la seva publicació pel jurat del concurs De 14 a 20 (curs 2015-2016).

pensamiento en una sola voz, aunque a pesar de esto no se les fue revelada su naturaleza en su totalidad por orden de este mismo, ya que esto podría corromper la esencia de sus hijos. A Tor y Kiel les fue encomendada la tarea de ser guardianes de la Tierra, y amaban la vida en ella más que ningún otro Hijo en su correspondiente planeta, ya que como descendientes de Torkiel, el más grande de los Padres, tienen un poder mayor para amar a las criaturas menores que habitan en su planeta. De todas las criaturas menores, Tor y Kiel admiraban a unos mamíferos peludos, los cuales dedicaban la mayor parte de su tiempo a jugar, saltar y comer frutos coloridos que despertaban mucho amor en los dos Hijos.

Tor y Kiel disfrutaban extasiados viendo cómo estos seres menores se relacionaban y se querían, teniendo comportamientos cercanos a los de los Mayores. Esto fue conocido en un principio por su Padre, que orgulloso de sus Hijos decidió obsequiarles en señal de amor.

“Es conocido por mí que amáis más que nada en la Tierra a unas criaturas menores. Yo puedo sentir ese amor también en mí, ya que igual que un Padre siente un amor por un Hijo, vosotros ahora sentís amor por vuestros seres menores. Os concedo así la oportunidad de elegir nombre para los primeros de los Seres Menores.”

Tor y Kiel recibieron entusiasmados el mensaje, ya que les llenaba de amor saber que serían los primeros en dotar de nombre a un Ser Menor.

“Padre, nos sentimos entusiasmados por habernos otorgado tal muestra de afecto y deseamos cuanto antes difundir este mensaje de amor entre todos los Mayores para que sientan también amor por nuestras criaturas menores, las más bellas existentes en todo el Universo. Deseamos así que nuestras criaturas menores sean llamadas a partir de ahora Primates, pues de todos los seres menores son los primeros en recibir nombre.”

Y así fue, Tor y Kiel pusieron nombre a sus criaturas, cosa que llenó de amor a todos los Mayores exceptuando a Turandur, el guardián y errante de Júpiter. A este le fue permitido reunirse con sus semejantes en la celebración del nombramiento de los Menores de Tor y Kiel y vio en este suceso la oportunidad de iniciar su causa oscura y mantuvo unas palabras con Tor y Kiel, con la intención de persuadirles.

“Vosotros Hijos de Torkiel y únicos en vuestra especie, es conocida vuestra obra con los Menores y la voluntad de amor que tenéis hacia ellos, ¿pero no demuestra acaso mayor amor inferir en sus vidas y otorgarles privilegios?”

Esto despertó en los Hijos de Torkiel una gran sorpresa, ya que era tal el amor de estos por los Primates que desearían realizar tal obra. No obstante, sabían que estaba prohibido inferir en la vida de los Menores si no se requería.

“Turandur, Hijo de Miihr, pesada es tu obra en el Universo y tú conciencia parece perturbada

aún por el recuerdo de un Padre sin amor, pues visible es tu obra en Júpiter. Nuestro amor por vuestras criaturas es tal que velamos por ellas como si de nuestros iguales se tratase, pero sabes que prohibido está inferir en la vida de los Menores si algo no lo requiere.”

A pesar de esto, Turandur tenía un buen manejo en el arte de las malas obras, pues durante este tiempo estuvo alimentándose de pensamientos negativos incomprensibles para los Mayores, que tan solo tienen cabida para el amor. Turandur sabía que aún así, el amor de los Hijos de Torkiel por los primates era tal que estarían dispuestos a hacer cualquier cosa si se les persuadía bien.

“Grandes de entre los Hijos, llenos de amor estáis, pero tan solo tenéis pensamientos egoístas y no deseáis compartir el amor de los Mayores con vuestros primates, pues sabed que ellos no sienten y están subordinados a las ordenes de los Conscientes.”

Tor y Kiel comprendieron el mensaje de Turandur y entendieron que el amor que ellos tenían por los primates no les era correspondido, dado que estos no tenían idea de la existencia de los Mayores y que siendo así, el amor entre los Hijos de Torkiel y los primates se intensificaría de tal manera que sería este un suceso de amor tan grande que llegaría a superar la obra de su Padre.

“Eres intenso en el pensamiento Turandur, creemos que también sientes amor por los primates como nosotros, pues considerado con ellos eres, y que has obrado en nombre del amor esta vez y no de los miedos del pasado. Infundiremos amor en los primates, para que ellos a su vez lo extiendan por toda la Tierra y creen así un ambiente de felicidad como el que logramos los Mayores.”

Turandur logró dar el primer paso en su camino hacia la perversión de los Mayores y continuó haciendo uso de la elocuencia con los Hijos del más grande de los Padres.

“¿No sería pues, mas eficaz, dividiros el trabajo? Bien es sabido que los deseos solo se materializan mediante una sola voz y vosotros tenéis dos esencias, pues sabed que vuestra naturaleza es ser dos conciencias y una sola voz. ¡Romped con esto y liberaos como dos hermanos que se quieren dadas sus diferencias y se aceptan, pues no hay mayor amor que el de dos Hijos que han permanecido la eternidad juntos y ahora gozan de conocerse separados!”

Tor y Kiel no habían pensado en su naturaleza dado que son varios los Mayores que también hablan en plural, en que todo su tiempo había sido destinado a ser guardianes de la Tierra y la intención de Torkiel de no hablar de la naturaleza de sus Hijos fue tan restrictiva, que no tuvo cabida en ninguna conversación. No obstante, el mensaje de Turandur les iluminó y se produjo un fenómeno extraño en ellos, pues al conocer su naturaleza se desvirtuaron uno del otro y sintieron un vacío enorme. Al momento tuvieron consciencia primero de ellos mismos y luego uno del otro y se amaron. Desde ese momento todos los mayores experimentaron un gran éxtasis, dado que el amor que surgió de esa separación fue tal que llegó a todos los Mayores incluyendo a su Padre Torkiel, el

cual fue considerado con Turandur en esa obra.

“Has sido el único en canalizar bien el mensaje de amor que perturbaba mi mente, dando lugar a algo maravilloso como es la concepción de dos seres con una sola voz, en dos consciencias y dos voces. Yo mismo hubiese fracasado en ello, pues era tal mi miedo en fallar que mi amor no podía surgir. Este es uno de los sucesos más poderosos en el amor desde mi creación. Turandur, olvidado queda tu pasado en relación con tu Padre y liberado de vagar por el Gigante Gaseoso quedas. Te has labrado un prestigioso lugar en nuestro corazón.”

Y todos los seres Mayores tuvieron en consideración a Turandur como uno de los grandes de entre los existentes. Torkiel presentó ante todos los Mayores a sus dos Hijos ahora llamados Miel y Teeram como dos seres independientes, pero que se amaban entre ellos mas que ningunos otros.

2. DEL DESPERTAR DE LOS PRIMATES

Aún desvirtuados de su anterior ser, Miel y Teeram, ahora como seres independientes, prosiguieron con su labor en secreto con ayuda de Turandur, su confidente y ayudante de prestigio que cubriría la intrusión de estos con los primates. Turandur dio el siguiente paso en su causa y ahora intervino en separado con cada uno de los hermanos.

“Miel, tus pensamientos considerados veo que son con los primates recolectores y los que demuestran ser mas cercanos a el uso del temperamento de los Mayores. Tus primates crecen rápido en el intelecto, como tú, y claramente han ocupado un lugar de prestigio entre los demás. Tu amor está condicionado por tu gran inteligencia y es tu vía de acción, notable de entre todos los Padres y bien conocida por los demás Hijos, que no dudan en pedirte consejo. Obra ahora con ellos, ya que se maximizará el amor en estos si los trata un semejante.”

E hizo lo propio con Teeram.

“Teeram, sigues los pasos de tu Padre y cada vez más los que le rodean te respetan y admiran. El orden y la lealtad es tu vía de demostrar el amor, tal y como el grupo de primates líderes hace. Son los líderes de la manada los que marcan las pautas de comportamiento, al igual que tú pareces hacer. Obra ahora con ellos, ya que se maximizará el amor en estos si los trata un semejante.”

Esto reconfortó por separado a los dos hermanos, que no tardaron en compartirlo uno con el otro en su intención por enseñarle al otro cuan bellas eran sus criaturas y como sus diferencias parecían estar llenas de amor, dado que los primates se manejaban bien en comunidades tal y como

lo hacían los Mayores. Miel y Teeram se vieron reflejados en los primates y se enorgullecían en ver como el amor entre ellos se intensificaba cada vez más con el plan secreto de Turandur, a lo que este también se sentía reconfortado al ver que sus intenciones marchaban según lo planeado, pero ahora tocaba ir más allá.

“Desde vuestra separación ha aumentado el amor en el Universo y es bien conocido por todos, tanto que se puede llegar a sospechar de nuestra obra con los primates. Es hora de que deis el paso para hacer autosuficientes en el amor a los Menores y que ya no dependan de vosotros, Hijos del gran Torkiel. Elegid a un líder de entre vuestros primates e instruidlo en una de vuestras artes. Infundid en ellos vuestra voluntad para llevar el liderazgo del grupo, ahora ya sin vuestra intromisión directa.”

Fue así como surgió el primer choque entre dos de las mayores conciencias habidas en el Universo. Tocaba elegir a un líder que guiase a todos los homínidos y debía consistir de una de las dos fuerzas infundidas por los Hijos: la inteligencia o la fuerza. Miel creía que el progreso estaba en el desarrollo de la inteligencia, mientras que Teeram argumentaba que la fuerza había hecho que los primates destacasen por encima de los demás Menores de la Tierra. Esto causó un enfado entre los hermanos, pero Turandur rápidamente intervino y aportó una solución que llenaría de amor a ambos y les haría olvidar las divisiones.

“De la misma manera que el amor aumentó en vosotros al dividirlos y formar nuevas esencias, los primates encontraran en la división un amor que será guiado por dos líderes y que igual que vosotros os alimentáis de amor con vuestras diferencias, los primates harán lo propio. Pero recordad, estos líderes no deben conocer toda vuestra esencia, sino que tan solo deben sentirse guiados por algo más allá de su comprensión.”

Y así fue como Miel y Teeram entusiasmados por el nuevo proyecto que les planteaba Turandur, se pusieron manos a la obra para instruir a dos líderes en las artes de cada uno. Miel escogió a uno de sus primates favoritos para elegirlo como líder: El anciano, ya que era este el que más experiencia tenía y por tanto el que más apto era para guiar en la inteligencia a sus seguidores. Por el contrario, Teeram escogió a un joven y robusto primate de mediana edad, hijo del anterior líder de todos los primates como representante temible ante cualquier peligro acechante. Miel y Teeram, orgullosos ambos de sus primates, volvieron a sentir un amor increíble aunque cada vez menos por los del otro, ya que cada uno creía que su criterio era el más acertado. Poco a poco los primates fueron adaptándose a la senda que marcaban los líderes de cada manada, tanto, que la evolución que experimentaban los homínidos de cada uno los hizo cambiar de costumbres, e incluso de hábitat. Los primates de Miel se estacionaron en una isla cercana al norte, en la cual la lluvia azotaba continuamente, aunque esto era del agrado de los primates, que disfrutaban con el suceso de

las lluvias continuas dado que en la localización del antiguo grupo la lluvia era escasa y echaban de menos los frutos coloridos que antaño comieron y que tanto agradaban a Miel. Mostraban grandes dotes en la pesca y en la fabricación de herramientas precisas para cada trabajo a desempeñar, y dado a las condiciones ambientales de la isla a la que marcharon redujeron su tamaño, incluyendo el craneano, igual que los otros seres Menores que allí convivían. A su vez, los primates de Teeram se mudaron a un inhóspito valle en el sur, donde se imponían ante las demás criaturas para obtener sus propias cosechas, rivalizaban por los diversos lagos de la zona y emigraban cuando agotaban los recursos más necesitados como la carne o el agua. Habían olvidado su pasado omnívoro y cada vez más se alimentaban de carne, aumentando esto su agresividad y su poder ante los demás Menores de la zona en la que habitaban. El ambiente de la zona y los agentes externos habían hecho que creciesen en tamaño. Su corpulencia era notable, tanto como sus bastas armas sin tallar, extraídas directamente ya fuese de fémures de otros mamíferos o simplemente lanzando piedras pesadas. Esto fue observado con cautela por Turandur que poco a poco veía como los hermanos se distanciaban y solo se dedicaban a observar los cambios evolutivos de sus primates con asombro. No obstante, Turandur vio en esto una ocasión de oro para producir la separación de los dos hermanos y finalmente el enfrentamiento. Se dirigió a cada uno de los hermanos y les comentó lo siguiente:

“Miel, tus Primates son los más inteligentes y particularmente creo que son los más aptos para vivir en la Tierra. Teeram cree que son los suyos y que su fuerza vale más que la maña de tus bien cuidados. No ha declinado mi solicitud de enfrentar a los dos grupos por un poder sagrado que despertaría en el que lo posea el cambio evolutivo más singular que jamás haya experimentado ningún ser menor.”

A Teeram le comentó lo mismo.

“Teeram, conocidos son en la Tierra tus primates y como reinan por sobre los demás seres menores. La organización que ha infundido tu líder es cada vez mas notable y los logros que consiguen los han hecho temibles. Confío en su liderazgo y en su perpetuación en la Tierra. Miel asegura que su inteligencia es una ventaja digna de prevalecer por sobre la fuerza bruta de los tuyos. No ha declinado mi solicitud de enfrentar a los dos grupos de por un poder sagrado que despertaría en el que lo posea el cambio evolutivo más singular que jamás haya experimentado ningún ser menor.”

Esto entusiasmó a los hermanos, ya que era tal la confianza de estos en su grupo que ambos se decidieron a mostrarle al otro que sus primates eran los más aptos y los más hábiles en la Tierra. Miel y Teeram infundieron por última vez en sus líderes el deseo de guiar a estos hacia el nuevo poder que se disputarían en un punto medio de los territorios. Y así fue como Turandur consiguió enfrentar a los Hijos de Torkiel entre sí por el extraño Poder, que se materializaba ahora en la Tierra.

3. DE LOS SERES INCONSCIENTES Y LA BATALLA POR EL PODER

Un pequeño grupo de homínidos en el valle que salió a cazar, vislumbró a lo lejos la marca de un rayo, a lo que su líder allí presente alzó la cabeza y se paró. Le había sido revelado el nuevo objetivo y condujo a sus seguidores hacia la marca en el cielo. El instinto animal y curioso de estos primates les hizo acelerar el paso y liderados por su joven jefe partieron hacia el norte, viéndose en poco tiempo a pocos metros de la marca. Allí alcanzaron a ver las ciénagas, lugar que en pocas ocasiones habían tenido oportunidad de ver y se pararon por orden de su líder. Este vislumbro lo que hasta ahora ningún ser Menor había logrado ver, el Poder del que hablaba Turandur. Era tal la belleza de la nueva materia que se les había presentado a este grupo de primates, que tras la orden de su líder, bajaron veloces del peñón en dirección a una roca plana que guardaba el elemento místico en su centro. Lo observaron cautelosos durante minutos y ninguno se atrevió a acercarse más de lo debido, ya que esa sustancia incandescente que emanaba calor les era demasiado desconocida. Antes de que pudiesen tener contacto con él, un joven homínido del grupo divisó entre la bruma de las aguas unas pequeñas embarcaciones que portaban a unos diminutos seres parecidos a ellos. El joven líder sabía de alguna manera que venían a disputarse el poder extraño con ellos y que había que combatirlos. Por lo tanto mediante gestos y voces imbuidas de rabia, invitó a sus seguidores a la batalla. Mientras él, enloquecido por la belleza del secreto que se les había revelado, marchó con la sustancia mágica y se la llevó de vuelta a su gente.

La Primera Batalla de los Primates había sido una masacre por parte de los sureños, que no tuvieron ninguna dificultad en reducir a las pocas avanzadas enanas que venían en botes y que apenas tenían instrumentos de lucha. Ahora el problema se presentaba en un plano más elevado, donde los Hijos se disputaban honorablemente el Poder de reinar su especie sobre la Tierra.

4. DE LA DERROTA DE MÍEL Y EL ASCENSO DE TURANDUR

Los Mayores, los más sabios y elevados seres de entre las divisiones del Todo, tenían un código de conducta que todos juraban para perpetuar el orden y así alcanzar el amor. No era menos si algún elemento consciente se desvirtuaba de esa senda, lo cual tenía severos castigos por parte de los demás Mayores. Fue este el caso de Míel, que en ver que ahora sus elegidos estaban destinados a la extinción se lamentó y maldijo a su hermano y a Turandur. Esto fue conocido por los demás Mayores, incluyendo a su padre Torkiel, quien sorprendido se encontró con que una de sus creaciones mas bellas y queridas por el, su hijo Míel, había infringido una de las leyes de conducta

sagradas. Como máximo juez y rector de entre los Mayores, Torkiel ahora sentenciaba a su hijo a errar en la Tierra como antaño le aplicó a Turandur. Este hecho le llegó tan profundo a Torkiel que su amor no brilló nunca como antes, lo cual fue aprovechado por Turandur.

“Miel es ahora castigado por su Padre, el gran Torkiel, un Padre que sin su Hijo se siente vacío de amor y del cual no queda nada mas que debilidad. Siendo su Hijo desplazado a errar en la Tierra, es notable el vacío ahora en Torkiel, el cual ya no siente amor desde que conoce que su hijo ha infringido las leyes sagradas. Yo, como creador del mayor mensaje de amor jamás logrado desde la obra del mismo Torkiel, me presento como el más poderoso ente en el amor y el que debe ahora reinar entre los Mayores. ‘’

Pese a la irrupción descarada de Turandur, los demás Mayores apoyaron su causa dado que primaba la búsqueda del amor antes que la consideración con alguien como Torkiel, uno de los más queridos por todos los Mayores. A este le siguieron algunos fieles que se oponían a Turandur y que fueron enviados a otro plano con su Padre, Miihr. Teeram, considerado ahora con la obra de Turandur, continuó reinando en la Tierra cosa que le hizo surgir mucho amor en él y olvidó la marcha de su hermano Miel, ya que eran sus creaciones lo que más quería ahora de entre todos los seres existentes.

Aquí se inició la era del gobierno de Turandur y de la decadencia del sistema basado en el amor que un día era el propósito primero entre los Mayores.

5. DEL MENSAJE DE MÍEL

Teeram, ahora como cercano a Turandur, se propuso acabar con lo que empezó todo: someter a los primates de su hermano y reducirlos. Se comunicó por última vez con su líder, el descendiente tras varias generaciones de los primeros jefes primates y le ordeno conducir a sus seguidores a acabar con los primates de su hermano Miel.

El jefe de los sureños, apodado por todos Teeram-ki, dirigía ahora a un extenso grupo de homínidos que seguían a su líder orgullosos de su causa. Teeram-ki, portaba en su mano una jaula con el fuego dentro, símbolo de poder sobre los norteños, que fracasaron en la batalla por el fuego.



Teeram-ki se había obsesionado con el fuego y lo miraba todo el rato y en ninguna ocasión se alejaba de él. Era tal su amor por el fuego que su sed de sangre por masacrar a los que una vez se lo intentaron quedar para sí es tal, que lideraba la avanzadilla para acabar con ellos en primer lugar. Pronto llegó a las ciénagas donde una vez se encontraron los dos grupos de primates y donde estos ganaron, y Teeram-ki frenó en seco. Los demás que le seguían se quedaron perplejos y no sabían que le sucedía a su jefe, el cual se quedó atónito ante la bruma que emergía de las aguas oscuras de las ciénagas. No sabía qué le sucedía, pero se olía un peligro, pues su mente tenía revelaciones como sus antepasados las tuvieron el día de la disputa por el fuego. Teeram-ki retrocedió y se sentó en el suelo, abrazando su jaula de fuego de la cual no se despegó en todo el viaje y mandó a sus seguidores a cruzar las aguas pantanosas. Teeram-ki siguió ahora en la retaguardia a los demás homínidos, los cuales tenían grandes dificultades para cruzar las aguas dado que no estaban acostumbrados a pisar esos terrenos tan poco firmes y rodeados de agua por todas partes. Muchos del grupo se quedaron atrapados en las aguas lodosas y mientras estos intentaban zafarse del terreno fangoso, se puso a llover a raudales. Teeram-ki, que alzaba la jaula con el fuego para no perderla de vista entre la oscuridad de las aguas, sentía la lluvia en su piel y no quitaba ojo a su jaula donde residía el fuego. Aún así esto fue en vano, ya que era tal la lluvia que caía encima de los homínidos que terminó por extinguir el fuego que portaba el líder de los sureños. Teeram-ki, en un difícil intento por mirar la llama dado que los demás no paraban de moverse por miedo a quedar atrapados en el lodo, advirtió que la llama se había consumido y que ya no volvió a surgir. Esto imbuyó de rabia al líder de los primates sureños, que rápidamente salió del agua y se dirigió a buscar a los demás homínidos para masacrarlos. Entre la bruma encontró una luz brillante. Al acercarse divisó un cuerpo con forma antropomorfa y se quedó perplejo ante su belleza, y este ente le habló.

“Teeram-ki, sucesor de los antiguos linajes, poderoso de entre los Primeros, sígueme y le mostraré a tu pueblo el futuro.”

Teeram-ki no sabía distinguir el lenguaje de ese extraño ser, pero de alguna manera u otra

entendió el mensaje que le había entregado ese ente lumínico. Siguió al ser de luz hasta una cueva, donde desde lejos se iluminaban las paredes con un tono que le resultó familiar. Lleno de asombro y de inquietud, no dudó en esperar un momento más en acercarse al interior de la cueva, y allí encontró lo que menos quería ver en ese momento. Tres seres de pequeño tamaño se rodeaban entorno al fuego que tanto agrado le dio en su día a Teeram-ki. Eran sus enemigos, los norteños, que de alguna manera u otra habían logrado conseguir fuego sin necesidad de extraerlo del primer hallazgo. El líder de los sureños se mostró asustado, pero sus ojos brillaban en volver a ver la belleza del fuego consumiéndose, esta vez de mucho mayor tamaño que la que en un principio conoció. El ente de luz se postró ante el líder de los homínidos y lanzó el siguiente mensaje.

“Hermano, se que me estas escuchando, y es que no me ha quedado otra que revelar los secretos de los Mayores a los Menores para perpetuar el mensaje de amor que Turandur pretende extinguir. No tenemos por qué luchar entre nosotros, ni competir, ni reducirnos el uno al otro. Son seres de la misma especie, al igual que tú y yo. Deja ahora que el flujo que he creado continúe y que los primates sigan su curso sin nuestra intromisión.”

Este fue el mensaje de Miel, que fue destinado a errar en la Tierra como hizo Turandur en Júpiter. Se materializó y se unió a los confines de la Tierra, habitándola y ocupando todos los rincones del basto planeta del que su hermano ahora era guardián. Este suceso llenó de amor a su hermano en ver el sacrificio que había hecho por el planeta que un día ambos mantuvieron en armonía, amando a sus seres menores, sobre todo a los primates. Desde entonces el Universo está en manos equivocadas y se baten el bien y el mal en una dura batalla que tiene como objeto el amor. Así concluye la historia de cómo la evolución consiguió perpetuarse mediante la colaboración y no la competencia y de cómo todos los seres que un día el Todo creó, están imbuidos de amor, pues todos somos parte de Él.

Yassin Essakkal Martinez
(Institut La Bastida)



VIEJOS AMIGOS⁷

Los años. Sí, esos que pasan y no dejan indiferente a nadie, ni a los más grandes, ni incluso los más ricos llegan a salvarse. Sí, ya me lo decían desde bien pequeña, “el dinero no da la felicidad”, y es bien cierto, así como tampoco te da la vida.

Y aquí, me encuentro ahora, en un viejo sillón de cuero gastado rodeada de libros que me traen maravillosos recuerdos. Paso los dedos por la portada de cada obra leída y pienso en cada uno de los personajes, poemas y leyendas que han pasado por mi vida, y aunque siempre he sido una gran aficionada a la lectura, mi debilidad siempre se ha centrado en la poesía. He llegado a perderme en versos e incluso a querer tatuarme uno de ellos, igual que se quedaron marchados en mí.

Doy un vistazo a la primera estantería de mi pequeña biblioteca de clásicos y me encuentro con uno de mis grandes amigos, el gran Bécquer. ¡Oh gran amigo! Aún sigo buscando qué es la verdadera poesía, y dónde estarán aquellas oscuras golondrinas de las que tanto hablabas, aunque ya me lo advertiste, que aquellas no volverían. Cierro el libro y lo coloco en el lugar que siempre ha ocupado, cerca de otro fiel compañero. ¡Oh gran Neruda!, esta noche he decidido leer tus versos más tristes y mantenerme callada y ausente, como siempre me has dicho.

Removiendo en los cajones de mi pequeña biblioteca encuentro algunos papeles, ya bastante antiguos. El primero de los papeles dice algo así como: “La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?”, y no era de extrañar que una sonrisa apareciera en mi cara. Uno de mis fieles compañeros venía a visitarme aquella noche de manera inesperada después de tantos años. Pero no era el único, no. Entre ese montón de hojas apareció mi inseparable Lope de Vega. ¡Qué grande eras y sigues siendo, amigo mío! Es una gran noche para *ir y quedarse*, como siempre decías tú, aunque en una noche tan sola como esta, solo los amados saldrían para reunirse. Así sin ser vistos, en la noche oscura y segura. Sé que no hace falta que te nombre, sé que sabes que me he acordado de ti.

Decido dejar de mirar los papeles y vuelvo a la librería, a seguir reencontrándome con viejos compañeros. Mis dedos van a para a unas coplas y me detengo a leerlas. Pero no de una manera cualquiera, así que vuelvo a mi pequeño sillón de cuero gastado y enciendo una pequeña lámpara que tenía cerca y empiezo a leer: “Recuerde el alma dormida, avive el seseo e despierte...” Qué razón tenías, Jorge Manrique, y qué agradecida te estoy por tu gran obra.

Miro por la ventana y me doy cuenta de que ha oscurecido, pero no me encuentro cansada, todo lo contrario, me siento más viva que nunca, así que decido seguir volviendo al pasado y

⁷ Relat recomanat per a la seva publicació pel jurat de la tercera convocatòria del concurs De 14 a 20 (curs 2015-2016).

encontrarme con viejos conocidos. En ese mismo momento, a causa de la emoción que siento, decido hacer una visita a uno de mis amigos más aventureros. ¡Oh gran Espronceda! Aquel velero me transporta a muchas aventuras y me hace viajar de un momento a otro.

Desde el otro lado de la habitación, otro viejo amigo me susurra con mal genio que quiere mi atención. ¡Tranquilo, amigo Quevedo! Después de hacerte esta visita, iré a ver a tu amigo narizón.

¡No te enfades, Góngora!, sabes que siempre tendré un espacio especial para ti. Entre tanto desastre, encuentro dos billetes de avión de viajes pasados. Uno de ellos me conduce a Granada, con mi gran amigo Federico, que siempre agradeció mis visitas. El otro me lleva a Sevilla, y con él a la infancia de Antonio Machado. ¡Qué grandes amigos hice por España!

Ya había sido suficiente por hoy, y ya tendría más tiempo para volver a verlos, así que me encaminé a la habitación para poder meterme en la cama y descansar hasta el día siguiente. No tardé mucho en caer en un profundo sueño, pero esta vez fue diferente. Durante el sueño vi pasar los mejores años de mi vida y al fondo de aquel sueño, una voz en *off* que dictaba unos versos por cada momento que aparecía. Al principio del sueño vi la imagen de mi ya pasada niñez, y la voz, como si proviniera de alguien cercano, me susurró:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.*

La voz calló, y otra imagen se apareció delante de mí. Era yo de joven, tendría unos 14 años y me encontraba en el aula de mi antiguo colegio. Esta vez la voz misteriosa no habló, pero sí lo hice yo recitando unos versos al resto de mis compañeros:

*Es verdad, pues: reprimamos,
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos...*

Y mientras recitaba en aquel recuerdo, pensé cómo era posible que después del paso de los años, en ese mismo instante, recordara cada palabra.

La imagen cambió y por lo tanto también mi apariencia. Era mayor, aunque no habían

pasado tantos años desde el recuerdo anterior. Apareció la memoria de mi primer amor, y con él, el del primer desamor. Aquella voz que tenía ya olvidada, volvió a hablar, y esta vez ya no en forma de susurro, sino con un tono de enfado, y me dijo:

*...como yo te he querido...: desengáñate,
¡así... no te querrán!*

Mil recuerdos más fueron pasando por mi mente, algunos con más importancia que otros, y por un momento delante de mí apareció la primera vez que tuve que enfrentarme a la pérdida de alguien. Delante de este recuerdo, se formó un silencio y esperé a que la voz volviera a hablar. Pero no lo hizo. Aunque no hizo falta, porque yo empecé a recitar los versos que correspondían:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.*

De un momento a otro todos se volvió oscuro, pero al fondo escuché una melodía bastante peculiar y conocida por todo el mundo. Eran campanas de boda, y eso solo podía significar una cosa; había vuelto a la mía. Esta vez no esperé a que la voz hablara, porque sabía perfectamente qué versos vendrían a continuación, pero justo antes de que yo pudiera hablar, lo hizo mi marido y con una voz serena me susurró de nuevo:

*¿No es verdad, ángel del amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla*

*y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores,
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador,
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía,
que está respirando amor?*

Entre aquella memoria, lágrimas brotaron de mis ojos, lo había echado mucho de menos y ahora lo tenía justo delante de mí, tan cerca que casi podía tocarlo. Y lo intenté, pero todo se volvió borroso. Ahora me encontraba en casa sola, mirándome al espejo, aquél que se situaba justo al lado de la biblioteca. Estaba totalmente envejecida, la arrugas eran totalmente visibles en mi cuerpo y la falta de cabello era muy notable. Me agarraba a un bastón que me permitía andar y las gafas se deslizaban hacia abajo sobre mi nariz, como si nunca hubiese querido estar ahí. Pasaron los años y no me dejaron indiferente, como a nadie, pero sí me di cuenta de que siempre habría una cosa que perduraría, y esa era mi querida literatura. Siempre me habían llamado loca por haberle dedicado gran parte de mi vida, y a enseñarla a más gente, simplemente por el hecho de compartir mi pasión, pero he sido feliz así y sé que he hecho un gran trabajo.

Después de aquella imagen, me di cuenta de que ese era mi último recuerdo, así que intenté despertarme. Pero no pude. Me resultaba imposible, y entonces comprendí que era hora de reunirme con mis antiguos amigos y explicarles todo el trabajo que había hecho para que siguieran viviendo aunque no estuvieran físicamente. La voz habló por última vez, y esta vez no como recuerdo, sino como un recordatorio que perduraría en mí para siempre. “Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía.”

Cristina Jiménez
(Institut Puig Castellar)



NOS LLAMAN CUENTISTAS

Todo escritor, o aspirante a escritor, conoce cuáles son los calificativos más poderosos y divinos de ese mundo de letras en el que ha decidido aposentarse. Quizás uno de los más codiciados e inalcanzables sea el de poeta, con su ilustre belleza y sensibilidad, el que armado con unos pocos versos es capaz de acallar las voces necias de los que no respetan el arte. Quizás, para otros amantes de la literatura, sea el de novelista, siempre encadenando al lector a sus apasionantes y extensas obras, haciendo una majestuosa demostración de su habilidad para mantenernos largas horas con la nariz pegada a un buen libro. Aunque es bien sabido que tampoco desmerece su buen escaño el de dramaturgo. Son ellos quienes llevan con más maestría sus palabras a la dimensión del espectáculo. Los que emocionan tanto a espectadores como a lectores. Por supuesto, no hemos de olvidar el de ensayista, que, aunque no escala a la popularidad de los primeros, es capaz de transmitir sus ideas con una riqueza estilística inigualable y también es excelentemente respetado. ¿Quién no querría ser merecedor de tan altos títulos en el fascinante mundo de la palabra escrita? Se trata de, nada más y nada menos, el sueño, la gran meta, de todo aficionado a la escritura.

Sin embargo, bajo todos ellos y medio escondido entre letras emborronadas, se halla un sustantivo huidizo, que las personas acostumbran a evitar cuando hablan de alguien que escribe. En el universo de la tinta y el papel, que actualmente es más bien el de la tecla y la pantalla, existe una especialidad poco valorada, un género injustamente encasillado en la escritura principiante y poco profesional. Algo que mucha gente concibe como poco trabajado, escritos sin complicación ni esfuerzo, destinados a un público poco exigente, que va como... con prisas. Esos textos que forman parte de los inicios de aquellos que desean ser verdaderos escritores, como poetas o novelistas. Cuánta gente comete el error de pensar que son únicamente... eso. Meros textos que están a medio madurar. Siempre con tramas sencillas y personajes planos... por no hablar del final predecible. Eso, por desgracia, forma parte de los estereotipos literarios que se han forjado en el tiempo. En efecto, me estoy refiriendo al infravalorado género del cuento, así como a la forma en que deberían llamar a quienes los escriben, es decir, los cuentistas. Usted ya se habrá dado cuenta, querido lector, de que ese término dista mucho de la consideración que tienen los que mencioné al inicio de este escrito. Un cuentista... ¿qué es exactamente? Cualquiera persona que escuchase esa palabra, lo primero que imaginaría es a un mentiroso o exagerado, a alguien que cuenta enredos y que, por lo general, es un embustero. Es difícil predecir cuántas personas pensarían en alguien que suele relatar o escribir cuentos y, en tal caso, seguramente imaginaría la descripción desprestigiada del cuento que le describí anteriormente. Podríamos definir el título de cuentista como aquel escaño perdido en

los lares literarios.

Ante este panorama desalentador, para aquellos que guardan al cuento entre sus géneros predilectos, les diré una cosa. Piensen en Edgar Allan Poe, Franz Kafka, Guy de Maupassant, Julio Cortázar... Máximas figuras representativas del género del que le hablo en estas líneas. Cuentistas, entre otros títulos. Ellos demostraron que el cuento no es una simple novela inacabada. No son los suyos meros textos a medio madurar, ni tienen tramas sencillas con personajes planos y finales predecibles. El cuento es la exhibición de lo que algunos denominan como «escritura veloz». Tiene el propósito de cautivar con una historia breve, fugaz, intensa. No juega con la ventaja de la novela. Ella puede permitirse la banalidad en algunos tramos, puede tener fragmentos aburridos o poco interesantes. Puede ganar la batalla con muchos puntos a favor, pero varios en contra. En cambio, el cuento tiene que ser el ganador definitivo. Victoria absoluta. Para él no hay puntos que contar o descontar, es la gloria o la derrota. En su brevedad, ha de interesar, ha de atrapar..., ha de dejar al lector hambriento de más y más letras, pero, a su vez, ha de contar una historia perfectamente redondeada sin abusar de la palabrería, una historia que finalice en el justo instante. Que su punto y final deje al lector agarrado a las páginas, con la emoción impresa en los ojos, con la deliciosa confusión de aquél que acaba de despertar de un sueño. Porque, al fin y al cabo, un cuento podría definirse como eso mismo: un sueño sobre el papel.

Para concluir, tan solo diré que, si a usted lo llamasen poeta, novelista, dramaturgo o ensayista, debería sentirse halagado. No todos aquellos que poblamos los jardines de la escritura podemos gozar de tan gloriosos escaños o tan siquiera, ser dignos de ellos. Pero no olvide que, si alguien le llama cuentista, fuere por el motivo que fuere, no debe sentirse ofendido o infravalorado, más bien al contrario. Le están adjudicando un título que debería enorgullecer, el que se otorga a aquellos que construyen sueños con tan solo un puñado de palabras.

Núria Fernández Bermejo⁸
(Institut Ramon Berenguer IV)



Julio Cortázar (1914-1984)

⁸ Finalista de la I convocatòria del concurs De 14 a 20 i guanyadora de la II convocatòria (curs 2014-2015).

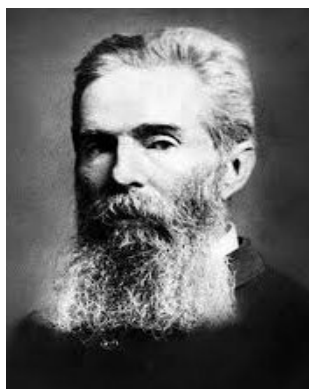
CONTES RECOMANATS⁹

Billy Budd, el mariner, de Herman Melville

Billy Budd, el mariner, és l'últim relat que va escriure Herman Melville. Té una extensió superior a la d'un conte, però tampoc encaixa amb el que entenem per novel·la. Com veurem, és més aviat una faula.

El relat ens explica un cas d'assetjament moral en un vaixell de la marina militar americana. Billy Budd, un mariner molt bona persona i molt estimat per la tripulació, és víctima de la persecució i els maltractaments del tinent Claggart, que li agafa tírria arbitràriament, potser per la bondat i la popularitat d'en Billy. El tercer personatge de la història és el capità del vaixell, anomenat Vere (mot que significa "de veritat" en llatí), un home idealista, que s'esforça a governar el vaixell amb justícia.

Budd és un personatge inversemblant de tan bo i manso que és, malgrat que en un moment decisiu perdi els estreps, i es revolti contra el tinent Claggart. Claggart és extremament malvat, sense pal·liatius. Aquesta mena de personatges, de caire simbòlic, i el tema del relat que, més enllà del cas d'assetjament, planteja un dilema moral (el dilema que es presenta al capità Vere) és allò que dóna el to de faula al relat, i explica que algun episodi i el comportament d'algun personatge, presentin una aura d'irrealitat.



Herman Melville (1819-1891)

Melville, en tota la seva obra, extraordinària i meravellosa, es manifesta com un home d'acusat esperit democràtic, però no pas anarquitxant o revolucionari, sinó amb plena fe en el valor de les lleis i en la seva Amèrica jove i progressista. Tanmateix, al final de la seva vida, en relats com aquest o la novel·la *Pierre i las ambigüedades*, comparable en molts aspectes a *Billy Budd*, sembla

⁹ Aquests relats van ser comentats oralment a la sessió de lliurament dels premis de la tercera convocatòria del concurs De 14 a 20, el 20 d'abril de 2016.

constatar la impotència de les lleis i de les intencions humanes per poder-se ajustar-se a la veritat i a la justícia; impossibilitat que s'exacerba en una institució com l'exèrcit. Irònicament, el mariner Billy Budd, enrolat per força a l'exèrcit -cosa corrent a l'època- quan comença el relat, és obligat a abandonar la nau mercant "Els drets de l'home", per anar a raure al canoner "La indomable", on fatalment ell, la bondat personificada, acabarà sent víctima del sistema militar, rígid i jerarquitzat, tant a mans d'un malvat (el tinent Claggart), com d'un home bo (el capità Vere).

Carles Gil

* * *

La casa de Asterión, de Jorge Luis Borges

Mientras espera, el minotauro pasa los días en su laberinto, aburriéndose, entretenido a ratos, recorriendo lo que él llama "la casa", y en su entretenimiento se arroja desde la azotea al suelo, hasta ensangrentarse.

El minotauro de *La Casa de Asterión* no es un monstruo, sino un filósofo. Borges le presta una exquisitez y grandeza que el mito clásico le niega. El híbrido melancólico, como el Fauno, vive en un mundo abstracto, en el número, en una casa multiplicada hasta el infinito. Si catorce eran los jóvenes atenienses que en el mito antiguo debían ser sacrificados cada nueve años, entregándolos al monstruo, catorce es el número de veces, en Borges, que las cosas se repiten: catorce son los aljibes, catorce los templos, catorce los mares, y catorce es infinito. Si nueve eran los años, en Borges son nueve los hombres que cada nueve años entran a enfrentarse al minotauro.

Borges juega con el número libre y poéticamente. Es el territorio en el que la criatura deambula, erigiéndose él mismo en número. Si catorce son las cosas, dos cosas hay una sola vez: "arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo".



Jorge Luis Borges (1899-1986)

El híbrido "demiurgo", el híbrido "uno" y "creador", al igual que él mismo, Asterión, es creado por el propio texto que deviene auténtico laberinto generador de todo. He aquí el milagro de Borges, su enorme capacidad para, desde la ficción, mediante una escritura alquímica, hacer creíble

un mundo, una numerología, un paisaje, que hay que pensarlo siempre desde el otro lado, esto es, desde lo poético. Borges crea, en pocas líneas, un universo cerrado con multiplicidad de sentidos, abierto por lo tanto. Abriéndose también a un último personaje: Teseo.

No es el Teseo del mito, el joven héroe y guerrero que da muerte al monstruo, vencéndolo, sino que, en una sola línea, deviene la figura asombrada que asiste al prodigio. El monstruo aquí no lucha, porque espera a su redentor.

De este modo el Minotauro es liberado de sí mismo y su ciencia profunda. Aquél que “está capacitado para lo grande”, espera su fin, herido de grandeza y soledad. Aquél que, sin saber leer y escribir (“como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura”) halla al fin el descanso.

El relato, bruscamente, en este final seco y abrupto, cambia de persona verbal (de la primera a la tercera). El Minotauro calla, el texto se agota en su círculo, añadiéndose una simple línea teatral que lo sostiene como a un trofeo:

“—¿Lo crearás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro apenas se defendió”.

Lorenzo Ariza

* * *

PERE CALDERS I SLAWOMIR MROZEK

La sintonia entre un “polac” i un polonès

Abans de res, saludo l’Andreu Banús i en Joan Fernández, fundadors i ànima de la companyia teatral colomenca El que ma queda de teatre, i exalumnes del Puig, i els dono les gràcies per haver-me fet conèixer l’obra de Mrozek a través de l’adaptació dels contes d’aquest autor polonès i la fusió que en van fer amb els de Pere Calders en la seva obra *Història de polacs i polonesos*, estrenada el 2001.

No són de la mateixa època ni van viure al mateix país, ni tenen llengües germanes però tots dos escriptors, a més de ser uns mestres del relat curt —de vegades hipercurt o microrelat com es diu darrerament— i de conrear un sorneguer sentit de l’humor, van saber el que era viure sota una fèrria dictadura política que no permetia la crítica ni tenia gaire sentit de l’humor. I tots dos van haver d’exiliar-se.



Slawomir Mrozek (1930-2013)

Mrozek, el polonès, és més trist i més clarament polític; Calders, el “polac”, és més costumista i surrealista. Cal explicar per als més joves que el terme “polac” (castellanisme del gentilici polonès, que és el correcte) referit a un català, en aquest cas a Pere Calders, és irònic ja que “polacos” es com es designava despectivament els catalans en èpoques no gaire llunyanes. El terme s’ha recuperat amb l’èxit de *Polònia*, el programa televisiu d’humor bàsicament polític.



Pere Calders (1912-1994)

D’aquests dos grans narradors no recomano només un conte o uns quants sinó que en recomanaré un llibre de cada un tot esperant que siguin la porta d’entrada a la resta de les respectives obres. Són llibres breus, d’expressió i contingut concentrats, d’un minimalisme modern i precursor que comparteixen, i que els ha convertit en mestres de generacions posteriors de contistes.

Pere Calders (1912-1994), *Invasió subtil i altres contes* (1978)

Slawomir Mrozek (1930-2013), *Joc d’atzar* (2001)

Agustina Rico

* * *

*El libro*¹⁰, de Juan José Millás



Juan José Millás (1946)

Juan José Millás nos seduce con sus relatos que se mueven en una vida cotidiana que parece también la nuestra, la de sus lectores, porque nos habla de hechos corrientes, de personajes normales y de situaciones habituales en la vida de muchas personas. Sin embargo, siempre hay algo que va más allá, que traspasa una barrera invisible que nos lleva a mundos que siguen siendo el nuestro pero que, al mismo tiempo, ya han dejado de serlo. En el relato *El libro* nos explica de

10 Relato incluido en *Articuentos*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 2011.

forma breve y precisa lo que le supone a alguien sumergirse en la lectura, pues *el libro se parece a un agujero negro cuya atracción es tal que absorbe y distorsiona todo lo que sucede cerca de él, incluidos el tiempo y el espacio.*

Pau Navarro

* * *

Moral Majority, de Salvador Redón

Moral Majority es un relato que escribí hace unos quince años y que pasó a formar parte del libro *La pistola de Einstein*, publicado en 2007 por la editorial Comte d'Aure, de Barcelona, y hoy ya descatalogado.

En aquel libro recopilé una serie de relatos cortos y una novela breve que da título al volumen. Elegí aquel material que respondía a un cierto trasfondo social, rayano al género negro, mis referentes literarios favoritos, sin renunciar a un interés por el retrato psicológico de los individuos. Por él transitan una serie de personajes -algunos repiten protagonismo en más de un cuento- por una delgada línea que vendría a ser la frontera entre lo políticamente correcto y lo indecoroso, lo razonable y lo irracional, lo solemne y lo banal, lo sutil y lo chusco. Las situaciones y personajes son perfectamente reconocibles en los ambientes suburbanos de una gran ciudad. En ese caldo de cultivo se ha forjado la educación sentimental de millones de personas, la esencia de cuyas vidas —las nuestras— se agazapa detrás de un viaje en metro, de una cerveza, de una jornada de trabajo, de un buen polvo, para acabar mostrándose de tanto en tanto de manera extraordinaria. Prostitutas, currantes, chorizos, sindicalistas, políticos, drogatas, pijos, detectives, mujeres y hombres diversos protagonizan una serie de historias en las que cabe lo irónico, la cruel, lo romántico, lo mórbido, lo entrañable y lo deleznable. Retratos relativos, al fin y al cabo, ya que todos nos movemos en la ambigüedad, en la periferia, buscando con mayor o menor éxito un centro: el sentido de la vida.



Salvador Redón (1968)

Quizás el relato, que transcribo a continuación, sea una buena muestra de lo que digo. O, de no ser buena, al menos sí es breve.

MORAL MAJORITY

Debía estar como un tronco cuando percibí los gruñidos del teléfono, hacia las siete y cuarenta de la mañana. Aún me encontraba adormilado cuando llegué al salón, justo antes de que saltara el contestador automático. Balbucí un “diga” que debió sonar “igaaa” y escuché una voz de mujer, diría que de cierta edad, comentándome en un tono muy serio:

—Oye, joven, no es que quiera meter las narices en tu vida, pero... ¿sabes que tu mujer sube cada día en un coche, a esta hora, con un hombre?

Mi primera reacción fue pensar si no estaría soñando, aunque era evidente que no: llevaba el pijama arrugado y desabotonado, y las áreas de piel al descubierto estaban marcadas por los pliegues de la sábana. Me dejé caer en el sofá, esforzándome en vano por reconocer a mi interlocutora, presto a dar crédito a lo que me estaba ocurriendo.

Ya casi me había convencido de que se me estaba gastando una broma —bastante pesada, por cierto— cuando la señora, viendo que yo tardaba en reaccionar, insistió:

—Sí, sí. Un señor maduro la espera en la calle y ella monta con él.

Esta vez había empleado un tono de voz distinto, había pasado adrede del ámbito de la confidencialidad al más cenagoso terreno de la insinuación morbosa. Entonces reaccioné, por fin:

—¡Ah, sí, bueno! ¡Claro, claro!... Sí, bien, entiendo. Estoy perfectamente al corriente... La recoge un compañero de trabajo cada mañana y así ella se ahorra el tiempo de espera del autobús. Van juntos a la empresa, sí.

Le había respondido de forma aturrullada, traicionado por los nervios, y comencé a rascarme la cabeza y a atusarme el pelo sin ton ni son. Entre tanto, buscaba una frase adecuada para seguir hablando con aquella misteriosa mujer, muerto de ganas de preguntarle quién era y por qué me contaba aquello, pero no la encontraba de tan desconcertado como me hallaba.

—En ese caso, muchacho, si crees que no hay por qué preocuparse... Pues nada, nada, tú sabrás —dijo ella. Y colgó sin darme tiempo a nada más.

Solté el teléfono a un lado y me acabé de despanzurrar en el asiento. La escena era tan absurda como cierta; diría que disparatadamente surrealista en mi caso. Quién sería aquel baluarte de la decencia conyugal: ¿una vecina chismosa?, ¿una militante exacerbada de la mayoría moral?, ¿la esposa del compañero de trabajo de mi mujer, víctima agraviada por un probable ataque de sus propios celos?... Y qué objetivo se había propuesto con aquel número: ¿prevenirme de manera amable?, ¿enemistarme deliberadamente con mi mujer?... ¿O sólo quería mosquearme por el puro

placer de fastidiar?... Porque, en ese caso, estuvo a punto de lograrlo. Y sí, hasta me sentí enojado por un momento; pero después, estando ya más sereno, la cosa me pareció una anécdota de lo más divertida.

En fin, qué sé yo, la vida es un cúmulo de sorpresas. Luego, por la tarde, cuando se lo expliqué con pelos y señales, mi amante se partió de risa.

Salva Redón

* * *

El collar, de Guy de Maupassant

Sinopsis

Una mujer bonita y graciosa, casada resignadamente con un empleado, el señor Loisel, que no puede darle el tipo de vida galante que ella quisiera, “sufría sin cesar, sintiéndose nacida para todos los lujos y delicadezas” y suspiraba pensando “en cenas de gala” y “en saloncitos coquetos, perfumados, hechos para la charla de las cinco con los amigos más íntimos”. La señora Loisel “no tenía hermosos trajes, ni joyas, nada”, al contrario que una antigua amiga suya, la señora Forestier, “una compañera del colegio a la que ya no iba a visitar, porque sufría mucho al volver a casa”. Un día, el señor Loisel vuelve del trabajo con una tarjeta para asistir a una recepción en el Ministerio. Su esposa le contesta que no tiene nada que ponerse para ir y se echa a llorar. El marido, para consolarla, accede a que ella se compre un espléndido vestido de cuatrocientos francos. Cuando se acerca el día de la recepción, ella repara en que no tiene ninguna joya que lucir. El marido sugiere que le pida prestada alguna a la señora Forestier. De entre las joyas que le ofrece su amiga, la señora Loisel escoge un collar de brillantes. En la recepción ministerial, llama la atención la elegancia de la señora Loisel, deslumbrante con su collar. Sin embargo, cuando acaba la fiesta y, de madrugada vuelven a casa, de madrugada, la señora Loisel descubre que ya no lleva el collar. Su marido y ella buscan por todas partes y se afanan por encontrarlo mientras pasan los días, largos como un suplicio, y el collar no aparece. Encuentran uno casi igual en una joyería y deciden comprarlo. El precio —treinta y seis mil francos— no les disuade. Tenían ahorrados dieciocho mil francos pero pedirán prestado el resto a usureros y prestamistas de todo tipo. Cuando la señora Loisel devuelve el collar, la señora Forestier le reprocha la tardanza, pero no advierte el cambio. Durante diez años, la señora Loisel y su marido renunciarán a cualquier tipo de comodidad y trabajarán noche y día para poder pagar la deuda y todos los intereses de la usura. Un domingo, en un parque, la señora Loisel, a la que han envejecido prematuramente las penalidades y los trabajos, se encuentra con la señora Forestier —quien no la reconoce al principio por lo mucho que ha cambiado— y decide contarle

todo lo que ha sufrido por haber perdido el collar y haber tenido que comprar otro parecido. La señora Forestier, muy sorprendida por la noticia, le revela que el collar que le había prestado era falso y que no valía más de quinientos francos.



Guy de Maupassant (1850-1893)

Comentario

Lo que más me impresionó de este cuento de Maupassant la primera vez que lo leí fue su final. Se trata de un final efectista que, como un mazazo, deja sin palabras a la señora Loisel. Comprende entonces nuestra pobre amiga de golpe, como en una revelación, que todos sus esfuerzos han sido vanos: que ha perdido la juventud, la belleza y la felicidad trabajando para saldar una deuda contraída por un simple equívoco (haber creído que era auténtico un collar de bisutería). La señora Loisel, como la señora Bovary que imaginara Flaubert (*tutor* literario de Maupassant), vive de fantasías y se deja deslumbrar fácilmente por lo que reluce. Primero es infeliz porque su marido no puede proporcionarle los lujos que ella quisiera gozar; después, fantasea con el éxito que tendrá en la fiesta con un collar prestado; por último, se marchita trabajando para restituir un collar... falso.

Aun reconociendo su maestría narrativa, a veces se le ha reprochado a Maupassant el retrato poco favorable que presenta de la mujer en sus relatos. Lo vemos en la señora Loisel: sufre por no tener ropa elegante, sueña con que la envidien las otras mujeres y con encandilar a los hombres en la fiesta gracias a su vestido y a su collar: “Bailaba con entusiasmo, con arrebatos, embriagada de placer, sin pensar en nada, entre el triunfo de su belleza, entre la gloria de su éxito, entre una especie de nube de felicidad por todos los homenajes, todas las admiraciones, todos los deseos despertados, por aquella victoria tan completa y dulce para un corazón de mujer.” La señora Loisel representa un estereotipo muy común entre las mujeres de su tiempo (aunque también en nuestro tiempo muchas personas sean esclavas de la impresión que quieren transmitir a los demás), presumida, coqueta, sin ninguna otra preocupación que la de atender su propia imagen, pero su triste historia nos impresiona porque contiene una verdad universal: ¿cuántas veces no desperdician los seres humanos su vida vistiendo sombras o dando cuerpo a creencias tan absurdas como la devoción por falsos oropeles?

Paco Gallardo

UN AUTOR AL NOSTRE ABAST

Els joves autors colomencs que comencen ara a desenvolupar la seva vocació escrivint relats curts tenen a la nostra ciutat autors de referència agrupats a l'Associació Colomenca de Literatura. Pel seu llibre de relats breus, *Amb molt de gust*¹¹, de prosa exacta i neta, concentrada (alguns relats, fins i tot, estan escrits només amb monosíl·labs), Joan Tudela els interessa especialment. “Aquest llibre”, ens diu l'autor al prefaci, “és una arquitectura basada en el número 4 per la senzilla raó que tota la meva vida és una arquitectura basada en el número 4: vaig obrir els ulls a la llum d'aquest món de mones que ens ha tocat de viure el dia 4 del mes 4 d'un any acabat en 4 i etcétera.” I a la nota biogràfica de la solapa del mateix llibre podem llegir que Joan Tudela és llicenciat a Periodisme a la Universitat de Barcelona i que ha centrat la seva vida professional en els següents àmbits: periodisme, literatura, llengua i formació. Dues de les seves obres publicades darrerament són *En poques paraules*, llibre d'aforismes, i l'assaig *Llengua i comunicació*.



Joan Tudela (Barcelona, 1954)

A l'esmentat prefaci, hi ha una aclaració molt pertinent: “L'acte central de la literatura no és l'escriptura, no és l'edició: és la lectura. Per tant, l'actor principal no és l'autor, no és l'editor. Tampoc no és el crític literari. És el lector. Que consti de bon començament.” I com que n'estem d'acord, fem un pas al costat i deixem el lector amb tres relats de Joan Tudela perquè se'n faci la seva pròpia opinió.



11 *Amb molt de gust. Tot de contes* de Joan Tudela, Voliana Edicions, 2016.

UN POETA

El metro, un món poc amic de la llum del sol, acull de tot: panxacontents, enamorats, fanàtics, dones de fer feines, col·leccionistes, angoixats, ximpls, complidors, noies precioses, savis d'incògnit, desenfeinats, optimistes, esguerrats, simpàtics, escèptics, embarrassades, matiners, arruïnats, alegres, els qui són poca cosa, els qui duen una doble vida, els qui sempre fan tard, els qui van tirant, els qui no tenen cap gràcia ni talent, els qui sempre se'n surten, els qui no s'enduran cap secret a la tomba, els qui els tocarà un dia la loteria, els qui moriran l'any que ve i no ho saben... i fins i tot algun poeta. Com aquell que sempre baixa al final del trajecte vermell, a Santa Coloma. Es diu Màrius Sampere¹².

Ha escrit: “Cada matí agafo el metro/ cap a final de trajecte. Molt sovint/ quedem al vagó quatre viatgers/ llegint o pensant,/ apartats l'un de l'altre per no encomanar-nos/ l'amor sense esma de dos quarts de vuit./ L'insecte múltiple del xerric de les rodes/ m'entra pels forats de les orelles/ i amb estúpides potes profètiques/ se'm passeja pel cervell; jo me l'escolto:/ I si mai no es deturés la màquina i el límit/ caigués més enllà de l'última parada,/ com un viatge infinit a causa d'un senzill/ capgirament tècnic, o per un excés/ de platí en les agulles?/ Mai no ocorre; sempre arribo a la ciutat/ on treballa. Enlloc no hi ha prodigi;/ l'atzar, el meu atzar, és matemàtic./ Però tinc la certesa/ que l'artefacte perfora pacientment/ l'univers subterrani, i que cada dia/ se'n va més cap al lluny, a l'estació/ inexistent i freda/ on els pares m'esperen en silenci.”



Màrius Sampere (1928)

TARDOR A BASTANIT

El primer bes del sol naixent encén el paisatge. Els boscos de color rogenc, daurat, verd esmorteït, verd perenne, i la grisor de les tarteres, plenes de pedres que rodolen cap avall, fatalment, com

¹² Màrius Sampere (Barcelona, 1928), el gran poeta estretament arrelat a la nostra ciutat des de l'any 1968.

dones dissortades, i el blau cel ennuvolat de blanc, i l'aire invisible, que escampa el perfum humit de la tardor. El torrent de Bastanist és feliç perquè sap que després serà Segre i serà Ebre i serà mar i núvol i pluja i altre cop torrent enjogassat. El dringar incansable dels esquellots de les vaques que pasturen, la música neta i fresca del torrent i la remor del vent entre les arbredes componen la calma encantada de Bastanist, seu del santuari d'una marededéu humil, que s'ha estimat més restar al peu del Cadí, sense fer-se'l seu. Nostra senyora de Bastanist no fa d'estendard d'inquisidors, somriu al caminant desemparat, conforta els afligits i afligeix els confortats, mai no arribarà a ser poderosa. El vent, com un amant tranquil, va despullant les branques mica en mica, i les fulles esperen tremoloses la seva hora, l'hora de fondre's amb la terra, per esdevenir terra. Alguns arbres, sense cap fulla, ja són a punt per a l'hivernada; un arbre mort s'hi vol confondre, amb l'esperança de verdejar la primavera que ve, com els homes que, ja sense saba però encara dempeus, esperen el miracle d'una primavera. L'últim bes del sol ponent esvaeix el paisatge.

Seríem en un indret fora del temps, si no fos per aquell cartell que diu: *Generalitat de Catalunya. Arranjament de la casa de colònies de Bastanist: 1987 – 1989*. I és que a la nostra terra, la més ufana sota la capa del cel, només dues coses són omnipresents: l'obra de Déu i els cartells de la Generalitat.

* * *

TOTS DOS

Au, va, Jan, tu véns amb mi. I sí: els teus anys són teus i ben teus. De fet, tu ets els teus anys. Tens sort, ja ho saps. Doncs què més vols? Ah, ja ho sé. Més temps. Tu vols més temps. Que no en tens prou amb tants anys que fa que ets al món? El temps és el que és. Si vols més temps... doncs no pot ser. Jo no hi tinc ni veu ni vot. Au va. Ja véns?

Ho veus? No fa cap mal. És tan sols un ai. Ja hi som. No hi veus cap llac grec, oi? No hi veus cap nau, ni cap rem. No hi veus cap gos grec i gros. Hi veus tan sols un pont, oi? Un pont blanc, blanc, blanc. Que on du el pont? Que què hi ha més? O no res o el teu Déu. I jo què sé. Jo tan sols sóc...

Ras i curt: jo sóc la Mort.

* * *



DE 14 A 20

L'Associació de Pares i Mares d'Alumnes (AMPA) de l'Institut Puig Castellar, amb l'objectiu de promoure l'interès per la literatura i l'expressió escrita entre els joves de Santa Coloma de Gramenet, convoca per quart any consecutiu el concurs literari "De 14 a 20".

BASES DEL CONCURS

- 1^a.** El concurs està obert a tots els joves d'entre 14 i 20 anys que visquin, estudiïn o treballin a Santa Coloma.
- 2^a.** Poden presentar-s'hi treballs escrits en català o en castellà.
- 3^a.** Els relats presentats poden ser de ficció o de testimoni de fets ocorreguts.
- 4^a.** La dotació del premi és de 200 € per l'obra guanyadora i de 100 € per cadascuna de les tres finalistes. Una part d'aquests premis es lliurarà en metàl·lic i l'altra en un val per comprar llibres.
- 5^a.** Els textos aniran escrits amb lletra Times o Arial de 12 punts de mida, a doble espai i marges de 3 cm per cada banda, amb una extensió de 3 (mínim) a 20 folis per una sola cara.
- 6^a.** Els treballs poden enviar-se per correu electrònic (ampa@iespuigcastellar.xeill.net) o dipositar-se en un sobre tancat des de la data d'aquesta convocatòria fins el 10 d'abril de 2017 (data límit) a l'Associació de Pares i Mares de l'Institut Puig Castellar. En aquest mateix sobre s'inclourà la plica amb les dades de l'autor (nom i cognoms, edat i centre d'estudi o treball).
- 7^a.** El jurat del concurs estarà format per tres professors de diferents instituts, un membre de l'AMPA convocant i un escriptor local.
- 8^a.** Els premis poden declarar-se deserts si cap dels treballs reuneix la qualitat necessària.
- 9^a.** El veredict del jurat es farà públic el 20 d'abril de 2017, a les 18 h, en un acte literari a la biblioteca de l'Institut Puig Castellar.
- 10^a.** L'entitat convocant es reserva la possibilitat de publicar les obres guanyadores i algunes de les no premiades que es considerin d'interès.

Santa Coloma, 10 de novembre de 2016